809

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL ARGUMENTO DE UN DRAMA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1867.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Esta oca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filantropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirliñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, o el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, é hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el m
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la hu
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chine
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un cas
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huespedes.
Los extasis.
La posdata de una cart
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo
La banda de la Condes
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluv
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madri
La Madre de San Fern
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenc
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (
La calle de la Montera
Los pecados de los padr
Los infieles.
Los moros del Riff.

EL ARGUMENTO DE UN DRAMA.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elargumentodeund2642hurt

EL ARGUMENTO DE UN DRAMA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO HURTADO.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe en Noviembre de 1867.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLEMENCIA.....	Doña Matilde Diez.
ELISA.....	Elisa Boldun.
DARIO.....	Don José Olona.
RAFAEL.....	Juan Catalina.
VARGAS.....	Manuel Catalina.
DON DIEGO.....	Francisco Oltra.
JUAN.....	Telesforo Garralon.

La escena es en Madrid, calle de Alcalá, casa de Dario.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE ALMAGUER,

CONDE DE LAS ALMENAS,

En recuerdo y testimonio de cariñosa amistad,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala elegante; puertas á derecha, izquierda y fondo velador en el centro con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DARIO, solo, acabando de escribir.

No hay más remedio, valor;
¡hoy, al fin, lo ha de saber!
(Levantándose.)
Concluí.—Vamos á ver
si esta misiva es mejor.
(Leyendo.)
«Perdóneme usted, Clemencia,
»que apelando á su memoria,
»evoque la triste historia
»que amarga nuestra existencia.
»La dulce y dichosa red
»en que amor nos envolvia,
»por razon de orgullo, un dia
»rompió su padre de usted.
»Juzgando el amor del niño
»contrario á su conveniencia,
»usted cedió á su influencia
»á pesar de mi cariño.—
»Es esto acusarla?—No.

»Soy para usted indulgente.
»¿Qué hacer? Usted fué obediente
»si ofendido quedé yo.
»Mas hoy, de aquel rompimiento,
»Clemencia, el fruto ha nacido,
»que usted se debe á un marido
»y yo devoro un tormento.
»Que al volver á usted á ver
»como entónces la veia,
»el vivo amor de otro dia
»ha vuelto á inundar mi ser.
»No sé si vanos antojos
»me trastornan el sentido;
»perdone usted si he creido
»ver mi recuerdo en sus ojos.
»Tal vez la inspiro temor
»cuando estoy en su presencia,
»mas no tema usted, Clemencia,
»que he puesto á raya mi amor.
»¿Qué importa llevar de espinas
»el corazon coronado?
»Hoy Vargas será nombrado
»para un cargo en Filipinas.
»Y por si no basta el mar
»mi pasion á contener,
»la contendrá otra mujer
»á quien llevo ante el altar.
»Así, matando los dos
»un amor mal comprimido,
»fuertes habremos cumplido
»con la conciencia y con Dios.
»Hágame usted la merced,
»por lo que fuí y lo que pierdo,
»de consagrarme un recuerdo
»como el que tendré de usted.»—
(Hablado.)
Esta es la fórmula justa,
nada la oculto ni callo:
no obstante, ¡no sé qué hallo
que esto tampoco me gusta!
Hablar de amor, de deber,
de su afecto sorprendido,

del honor de su marido,
de mi amor á otra mujer!
¡Imposible!... no, jamás;
su orgullo se puede herir.
(Rompe la carta.)
Esta carta debe ir
donde han ido las demas.
(Desesperado.)
Al que con prudencia escasa
en tales lazos se enreda,
merece que le suceda
todo cuanto á mí me pasa.
¿Y qué hacer? ¿Cómo callar
si hoy la *Gaceta* la avisa?
(Vivamente y con temor.)
¡Y aquí don Diego! Aquí Elisa!
(Resuelto otra vez se sienta á escribir.)
Pues, señor, vuelta á empezar!

ESCENA II.

DARIO, RAFAEL, de mal humor.

RAF. ¡Hola!
DARIO. ¿Ya de vuelta?
RAF. (Arrojando el sombrero.) Sí!
DARIO. ¿Vas á emprender tu tarea?
RAF. ¡Quiá!... si no tengo una idea!
DARIO. Lo mismo me pasa á mí.
(Arrojando la pluma.)
RAF. Tres meses há que me abismo
un argumento buscando,
y aunque me seco pensando
siempre me encuentro lo mismo.
Estudio, imagino, invento,
junto el cielo con la tierra,
y vivo en perpétua guerra
con mi propio pensamiento.
Y al mirar que inútil es
mi eterno afan de pensar,
juzgo que al fin voy á dar
de cabeza en Leganés.

DARIO. Comprendo tu situacion
por lo que en mí está pasando,
que estoy, como tú, buscando
un rayo de inspiracion.
No sé por qué se coarta
mi razon; mas es lo cierto,
que há tres dias que no acierto
á formular esa carta.
Siempre resuelto á escribir,
cuando me pongo á pensar,
ni sé por dónde empezar,
ni sé cómo concluir.

RAF. ¿Hablas de veras?

DARIO. (Señalando el velador.) Ya ves.

RAF. Pues me alegro como hay Dios;
con eso iremos los dos
juntitos á Leganés.

DARIO. ¡Á Leganés! (Sonriendo.)

RAF. ¡Buen retiro,
y asombrosa solucion!

DARIO. ¡Qué! si en esta situacion
es mejor pegarse un tiro!

RAF. ¿Pegarse un tiro? (Con asombro.)

DARIO. ¿Pues no?

RAF. ¡Loco estás, por Belcebú!
¿Si esas cosas dices tú,
qué podré decirte yo?
Tú, jóven y diputado,
rico y dado á los placeres,
querido de las mujeres,
de los hombres respetado;
próximo al ara nupcial,
donde con ansia te espera
una muchacha hechicera
de virtud y de caudal;
con un ancho porvenir
que ya se deja entrever;
¿qué es lo que puedes querer?
¿qué es lo que puedes pedir?
En cambio, y por más que influya
hoy, no sé qué, en tu razon,
contempla mi posicion

y mídela con la tuya.—
¿Qué soy? Un pobre escritor,
casi un hombre sin juicio,
que al escoger un oficio,
tomó el oficio peor.
Empeñado en divertir,
ó empeñado en enseñar,
cuando quiero hacer llorar
solo acierto á hacer reir.
Tonto, y buscando una gloria
que nadie en la tierra alcanza,
voy detrás de una esperanza
haciendo el bobo de Coria;
pues siempre embebido y lelo,
absorto y meditabundo,
ni sé si vivo en el mundo,
ni sé si vivo en el cielo.
Con tal genio y sino tal,
pobre y seco de mollera,
¿quién sabe si al fin me espera
la sala de un hospital?

DARIO. ¡Oh! ¡que eso diga un autor
siempre aplaudido y mimado!

RAF. Sí, que á haber sido silbado
me fuera mucho mejor.
Pues si el éxito primero
un fracaso hubiera sido,
ya me hubiera yo metido
á ser sastre ó zapatero.

DARIO. No blasfemes.

RAF. ¡Blasfemar!
¡si eso hicieran más de cuatro
de los que van al teatro
fortuna y nombre á buscar!
Escucha la descripcion
del mundo en que vivo esclavo,
y tú me dirás al cabo
si no me sobra razon.—
Prescinde del sufrimiento
y de los ratos que pasa
el pobre autor que en su casa
pone en prensa su talento.

Prescinde de la zozobra
y de la angustia en que vive,
hasta que al fin se recibe
por una empresa su obra.
Pasa raudo como el rayo
por esa eterna tortura
que comienza la lectura
y acaba el último ensayo;
y anunciada la funcion
llega por fin al estreno,
y empieza á ver lo que es bueno
ya descorrido el telon.—
Grave y serio, por supuesto,
como quien tu mal predice,
principia el público y dice:
—«Vamos á ver lo que es esto!
—¡Hola! ¡Es un drama! ¡Qué horror!
—¡Trozo de historia tenemos!
—¿Comedia social? ¡veremos!
—¿Pero quién es el autor?
—¡Fulano! No es mal muchacho!
—¿Qué tal escribe?—Tal cual!
—Mas oye, cuerpo de tal,
¿quién es aquel mamarracho?
—¿Cuál?—Aquel de la platea
que está junto al escenario?
—¡Si es Zutanita!—¡Canario!
¿Pues sabes, chico, que es fea?
—¿Y cómo aquel monigote
con sus muecas la entretiene?
—¡Toma!... toma!... porque tiene
la chica un millon de dote!
—¡Eso es otra cosa!—¡Pues!
—¡No es una novia de talco!
—¡Calla! ¿Y aquella del palco,
no es la esposa del marqués?
—Sí. Y aquel que está detrás
no es su...»

DARIO. (Interrumpiéndole.) ¡Chis! ¿Qué decir osas?

RAF. ¡Chico, si se ven hoy cosas
que no se han visto jamás!
Y entre aquel sordo rumor

con que á las gentes se asedia,
¿quién se fija en la comedia?
¿quién se cuida del autor?

DARIO. Los que con sano juicio
aplauso al talento dan!

RAF. Son pocos, y entre ellos van
los camaradas de oficio.—
Amigos de corazon,
aristarcos de rutina,
que estrellan contra una esquina
tu pobre reputacion:
pues sin odio ni desden,
mas con intento imparcial,
siempre señalan el mal,
nunca señalan el bien.
—Otros haciéndote honor
te defienden con tal celo,
que te elevan hasta el cielo
para matarte mejor.
Pues es cosa bien sabida
de todos, como de tí,
que aquel que te ensalza así,
es que piensa en tu caida.
Por eso en tales extremos
entre otras cosas verás,
que los que muerden son más
y los que alaban son ménos.

DARIO. Mas de la prensa la accion
justicia al cabo dispensa.

RAF. Eso sí: lo que es la prensa
llena muy bien su mision.
En su deber de juzgar
las obras que la luz ven,
la prensa lo hace tan bien
que no te puedes quejar.
Siempre al aplauso propicia,
mas siempre un tanto ligera,
enseña de tal manera,
y falla con tal justicia,
que al emitir su opinion
suele ocurrir de ordinario,
que no sabes cuál diario

es el que tiene razon .
Uno tu mengua propala
y la obra entera condena:
otro que la da por buena,
declara al cabo que es mala.
Pues como se está en un potro,
(aunque el argumento es bello,)
porque tiene esto, y aquello,
y aquello, y esto, y lo otro;
de crítica tan gentil,
resulta por conclusion,
que es fatal la produccion
y el autor un zascandil.
¡Ya ves si es dicha completa
la de un autor reputado!
¿Quieres, pues, trocar tu estado
por mis triunfos de poeta?

DARIO. ¡Tu resignacion admiro!

RAF. ¿No es de santo?

DARIO. ¡Sí, por Dios!

RAF. Pues bien, ¿y cuál de los dos
se debe pegar el tiro?
Si á remedio tan violento
una carta te sujeta;
¿qué debe hacer el poeta
que no encuentra un argumento?

DARIO. Pues si todo eso es verdad,
¿por qué sigues tal camino?

RAF. Porque me empuja mi sino
y á más la necesidad.
Quizás me saca de quicio
cuanto contado te dejo:
mas ¿qué he de hacer? ya soy viejo
para aprender otro oficio.
Preciso es, pues, escribir,
y aguantarse, y nada más;
¿pero matarse? jamás!
Uno al fin se ha de morir!

ESCENA III.

DICHOS, JUAN, con la Gaceta.

JUAN. *La Gaceta.*
DARIO. Á ver, á ver. (Presuroso.)
RAF. Nada de ella me prometo.
(Volviendo la espalda.)
DARIO. (Si vendrá en ella el decreto
que me ofrecieron ayer? (Desdoblándola.)
¡Oh!... sí: toqué en el registro! (Gozoso.)
me salvé...
RAF. Qué alegre estás!
(Volviendo con extrañeza.)
¿Es que te nombran quizás
embajador ó ministro?
DARIO. ¡Ministro ó embajador!
¿Pues quién por eso se inquieta?
Lo que me trae la *Gaceta*
es mejor, mucho mejor.
JUAN. ¡Sea enhorabuena!
RAF. ¡Mastuerzo!
(Interrumpiéndole con viveza.)
¡Quién te manda hablar aquí?
Lárgate al punto de ahí
y prepárame el almuerzo.
JUAN. Pues siendo cosa tan buena
la que al señorito exalta,
no quiere usted...
RAF. No hace falta
que nos des la enhorabuena.
Conque largo, al comedor,
y avisa, que el hambre apura.
JUAN. Allá voy... (¡Se me figura (Saliendo.)
que hoy está de mal humor!—(Váse.)

ESCENA IV.

DARIO, RAFAEL.

RAF. ¿Qué viene en este papel (Con curiosidad.)

que tanto alegra tu alma?

DARIO. La dicha, la paz, la calma, (Respirando.)
mi ventura, Rafael.

RAF. (Cogiendo la Gaceta.) ¿Cómo?

DARIO. Un bien que no imaginas.

RAF. Pues leeré de cabo á rabo!...—
(Leyendo.)
—«Y nombro segundo cabo
de las islas Filipinas...»—
(Hablando.)
¡Paso!... soldado no eres,
y esto contigo no reza.—
—Sentencia!—«Y vista esta pieza
Leyendo.)
por el consejo de Estado!...»—
(Hablado.)
No, tampoco. ¿Á ver detrás?
(Mirando á Dario.)
Pues no doy con tu secreto.
¡No viene mas que un decreto!

DARIO. Pues no me preguntes más.

RAF. ¿No?... me callo y no prosigo;
que si saberlo queria,
era porque pretendia
regocijarme contigo.
Mas si tu ventura es harta...

DARIO. ¡Inmensa!

RAF. ¡Pues á gozar!

DARIO. Ya no tengo que pensar
en escribir esa carta.

RAF. ¿Libre estás de ese tormento?
¿Libre para siempre? (Vivamente.)

DARIO. ¡Ah! sí!

RAF. (Exaltado.)
¡Pues! ¡y yo entre tanto aquí
sin encontrar mi argumento!
¡Sin que posible me sea
poner término á esta lucha!...
Sin que yo acierte... ¡Ah! sí; escucha,
se me ha ocurrido una idea.

DARIO. ¿Cuál?

RAF. Tú puedes, en verdad,

librarme de este castigo.

DARIO. ¿Cómo?

RAF. Llévame contigo
al mundo, á la sociedad.—
Campo de intriga y de amor,
region al placer sujeta;
¿no es necesaria á un poeta?
¿no es conveniente á un autor?
Rico manantial de asuntos
allí las intrigas dan,
porque en los salones van
la risa y el dolor juntos.
Llévame á libar la miel
de sus fiestas y placeres.

DARIO. (Asombrado.)
¿Pues sabes tú lo que quieres?
¿Lo sabes tú, Rafael?
Entrar en esa region!

RAF. ¡Pues! ¡Á buscar mi argumento!

DARIO. Ah! desiste de tu intento,
si estás bien con tu razon.
Qué á fe que la tiene en poco
quien la expone á tal azar,
pues cuerdo se suele entrar
y se suele salir loco.
Tal vez en calma y quietud
pasas allí un año entero,
y en un momento ligero
conquistas tu esclavitud.
La vanidad, la ocasion,
el ejemplo, algun descuido,
la ciega fe de un marido
ó la propia irreflexion;
con tales halagos tratan
de conducirte al placer,
que al cabo de una mujer
al fiero yugo te atan.

RAF. ¿Y qué importa, si ese amor
es honrado, puro y bueno?

DARIO. Es que como en huerto ageno
siempre la fruta es mejor:
como el diablo nos seduce

en nuestro daño empeñado,
siempre es á un huerto cercado
donde el diablo nos conduce.
Se suele á veces reir
cuando en él se llega á entrar,
mas suele siempre costar
vergüenza ó sangre el salir.
Créeme, que en tu bien me fundo;
para no apurar tal hiel,
no entres nunca, Rafael,
no entres nunca en ese mundo.
Argumentos por ahí
tendrás sin que te condenes:
¿quién sabe si al fin los tienes,
cerca, muy cerca de tí?

RAF. ¡Tocarlos fuera mejor!...
Mas con tanto hablar, me olvido
de esta carta que ha venido
por el correo interior.

DARIO. ¿Para mí?

RAF. Sí, para tí:
¡letra de mujer! (Se la da.)

DARIO. (Mirándola y abriéndola.) (Dios mio!)

RAF. ¡Bribon! ¡aun tienes un lio
estando tu novia aquí!

DARIO. (¿Se ha vuelto loca Clemencia?
Esto de la raya pasa!
(Leyendo.)
«Aguarde usted en su casa,
que á verle voy.»—Qué imprudencia!)
(Arroja la carta sobre el velador.)

RAF. ¿Qué te sucede? (Sorprendido de ver su cambio.)

ESCENA VI.

DICHOS, JUAN.

JUAN. (Vivamente y con misterio.) Señor.

RAF. Qué quieres? (Impaciente.)

DARIO. Habla. (Con curiosidad.)

JUAN. Que ahí fuera
cubierta una dama espera

que ver quiere á usted.

DARIO. (Desconcertado.) ¡Horror!
¡Es ella!

RAF. Quién? (Confuso.)

DARIO. (Á Juan.) Vuelve á prisa
y hazla entrar. (Váse Juan.)

ESCENA VI.

DARIO, RAFAEL.

RAF. (Alarmado.) Por Belcebú,
¿qué es lo que te pasa?

DARIO. (Impaciente.) Y tú,
salte tambien; pero avisa
si ves dirigirse aquí
á Elisa ó su padre.

RAF. Entiendo.
Vaya un belen! Lo estoy viendo,
y (Ap.) (ella! (Aparece Clemencia.)

DARIO. (Ap.) Sal.

RAF. Descansa en mí.) (Váse.)

(Rafael se inclina al pasar ante Clemencia, que se detiene hasta verle salir.)

ESCENA VII.

DARIO, CLEMENCIA, con sombrero de velo.

DARIO. Clemencia! (Saliendo á su encuentro.)

CLEM. Perdone usted,
(Viendo que cierra la puerta.)
no cierre usted esas puertas, (Con dignidad.)
pues no dejarlas abiertas
me hace muy poca merced.

DARIO. ¿Cómo? (Desconcertado.)

CLEM. Aunque á mucho me atrevo
y expongo viniendo aquí,
no juzgue usted mal de mí,
que sé bien cuánto me debo.

DARIO. Pero ese tono...

CLEM. Tal vez
muestra despecho ú encono:
más sufra usted este tono,
que es hijo de mi altivez.
DARIO. ¿Se juzga usted ofendida?
CLEM. Es algo más, caballero.
DARIO. ¿Pues qué ocurre?
CLEM. Es que no quiero
que se juegue con mi vida.
Y antes que el rubor me venza,
quiero este juego acabar,
hoy que lo puedo matar
sin que me cueste vergüenza.
DARIO. Pero... (Con asombro.)
CLEM. Présteme atencion
y escúcheme usted sumiso,
que entre los dos es preciso
que medie una explicacion.
DARIO. Con ansia la espero ya.
CLEM. No se muestre usted inquieto,
que ser breve le prometo,
pues mucho en ello me va.—
Algo debo de valer
cuando soy tan respetada;
lo soy, porque estoy casada
y comprendo mi deber.
Dueña soy de mi albedrio,
mas aunque vivo con tédio,
jamás he buscado un medio
para entretener mi hastio.
Tal vez pensó en el amor
ese tédio harto profundo;
mas tengo respeto al mundo
y tengo en mucho mi honor.
Ahogando, pues, esta sed
que el alma de amor sentia,
viví feliz hasta el dia
en que he vuelto á ver á usted.
Precedió á usted el rumor
de su valer y elocuencia,
y una vez en mi presencia
sentí un extraño dolor.

Era despecho? Quizás;
pues debiéndome á mi marido,
hubiera más bien querido
no haber vuelto á verle más.

DARIO. ¿Por qué? Al hablarla de amor,
de un amor que fué mi aliento,
¿he faltado ni un momento
al respeto de su honor?

CLEM. No; mas entregada el alma
á un combate rudo y ciego,
unas veces sin sosiego,
otras dichosa y en calma;
de un vago anhelo á merced
un mes hace que así vivo,
hasta que al cabo concibo
qué es lo que pasa en usted.

DARIO. En mí?

CLEM. Sí, que loca en pos
fuí de una extraña quimera.
¿Qué mujer es la que espera
que la quieran como á Dios?

DARIO. ¿Pero cuál mi culpa ha sido?
Hable usted, ¿de qué me acusa?

CLEM. Mire usted si tiene excusa (Le da una carta.)
de esa carta el contenido.

DARIO. Del ministro! (Contrariado al leerla.)

CLEM. Con afan
su enhorabuena me envia,
y al par muestra su alegria
porque ha servido á San Juan.
(Mirándole con intencion.)
Juzgo, pues, que he comprendido
sus intenciones mezquinas:
¿á quién manda á Filipinas,
á la esposa, ó al marido?
¿Qué intento tan singular
este nombramiento encierra,
que tan lejos nos destierra
poniendo por medio el mar?
Si á su oficiosa influencia
debe mi esposo tal puesto,
¿no revela usted con esto

lo oscuro de su conciencia?
¡Y yo que necia creí,
tanta fé, en usted tenia,
que jamás usted podria
querer humillarme así!

DARIO. (Confuso.) ¿Pero quién dice que yo?...

CLEM. ¿Ya usted disculpas á darme?
Puede usted no visitarme,
pero rebajarme, no.

DARIO. Pero si yo...

CLEM. En vano trata
de hallar razon que le abone.
¡Mas es justo! á esto se expone
toda mujer insensata!

DARIO. Pero oiga usted por favor!...

CLEM. No, ya está usted satisfecho.
(En ademan de salir.)

DARIO. (Deteniéndole.) Clemencia, si lo que he hecho
prueba á usted todo mi amor!

CLEM. ¿Amor? (Con extrañeza.)

DARIO. Por amor ha sido;
amor que en celos me enciende:
¿No ve usted que hasta me ofende
cerca de usted su marido?...

CLEM. ¿Cómo? (Ofendida.)

DARIO. ¡Si lejos de aquí
libre de su sombra quedo!

CLEM. ¿Qué dice usted? (Con enojo.)

DARIO. Que no puedo
vivir por más tiempo así.—

CLEM. (Indignada.) ¡Oh! calle usted por favor;
¿qué prueba tal desvario?

DARIO. Mi amor! (Qué digo, Dios mio,
si esta disculpa es peor!)

CLEM. ¡Oh! ¡si al mirar hasta el fondo
(Con repugnancia)
de esa pendiente fatal,
juzgo á usted tal criminal
que aun de odiarle no respondo!
¡Tender á mi honor tal red!

DIEGO. (Dentro.) ¿Conque está ya levantado?

RAF. (Id.) Ya hace tiempo.

CLEM. (Asustada.) Dios sagrado!
DARIO. Qué escucho! (Aturdido.)
CLEM. Escóndame usted.
DARIO. Pronto. (Vivamente.)
CLEM. ¿Dónde?
DARIO. Por ahí.
(Señala una habitacion lateral.)

ESCENA VIII.

DARIO.

¡Maldito orgullo indiscreto!
¿Cómo salgo de este aprieto?
¿Cómo la saco de aquí?

ESCENA IX.

DARIO, D. DIEGO, RAFAEL.

DIEGO. ¡Hola! Conque levantado
y tan temprano? Me alegro!
DARIO. Sí; yo siempre!...
RAF. (Ap. á Dario.) (Ojo á tu suegro!
que viene un poco escamado!)
DIEGO. ¿Y qué hacias?
DARIO. (Balbuceando.) Escribir.
DIEGO. ¿Y te he venido á estorbar?
DARIO. ¡Oh, no!
DIEGO. (Yo la he visto entrar, (Receloso.)
mas no la he visto salir!)
DARIO. ¿Y Elisa?
DIEGO. Acabando estaba
su tocado sempiterno.
No tardará.
DARIO. (Dios eterno.
Esto solo me faltaba!)
DIEGO. Conque escribe.
DARIO. ¡Ya se hará!
Ya ve usted, no corre prisa.
ELISA. (Dentro.) ¡Papá!...
DARIO. (Aturdido.) (¡Horror!...)

DIEGO. ¡Aquí está, Elisa!... (Saliendo á su encuentro.)
RAF. ¿Y la otra, dónde estará?
(Mirando á todas partes.)

ESCENA X.

DICHOS, ELISA.

ELISA. ¡Muy buenos dias, Dario!
DARIO. ¡Elisa! (Saliendo á su encuentro; con cariño.)
ELISA. (Saludando.) Adios, Rafael.
RAF. ¡Felices!
DARIO. ¿Has descansado?
ELISA. Completamente, ya ves...
DARIO. Eso es decir que has dormido?
ELISA. ¿Que si he dormido? Muy bien!
Fatiga tanto un viaje,
y es tan molesto á la vez
el murmullo de las gentes
y el estrépito del tren,
que te confieso, á fé mia,
que anoche, cuando llegué,
era mi pobre cabeza
otra torre de Babel.
RAF. ¡Ya! ¡tanto tiempo en el coche!
ELISA. ¿No es verdad que es pesadez
eso de pararse tanto
y á cada momento?
DARIO. (Confuso y con vaguedad.) ¡Pues!...
Mas lo exige el reglamento,
y no es posible...
ELISA. Lo sé;
mas era tal mi impaciencia
por llegar, tal mi interés,
que á haber podido á mi antojo
de otros medios disponer,
hubiera dado al tren alas
por llegar más pronto.
RAF. (Amen.
Verá usted si esta chiquilla
nos viene á comprometer!)
ELISA. (Á Dario.)

¿No esperabas tú lo mismo
impaciente en el anden?

DARIO. ¡Pues claro está! (Siempre con cierta vaguedad.)

ELISA. Cuando el alma
espera un goce tener,
parece que lleva el tiempo
grillos de plomo en los pies.
¿No es verdad?

DARIO. Pues está claro.

DIEGO. (Yo no sé qué noto en él!...)

DARIO. Cuando el amor... y la dicha...
y... la inquietud... y el placer...

ELISA. ¿No has pensado tú lo mismo
aguardando?

DARIO. Sí... tambien!...

DIEGO. (Si juzgo que está turbado
y no acierta á responder!...)

ELISA. Claro...

DIEGO. ¿Vais á anticiparnos
aquí la luna de miel?

ELISA. (Con viveza.)
Vamos, papá, no te enfades.
¿Está mal visto tal vez
que pregunte tales cosas
á quien va mi esposo á ser?

DARIO. (Jesus!) (Confundido.)

DIEGO. (Amostazado.) Bah!... ¡Son tonterias!

RAF. (¿No dije? Se armó el belen!
si lo está oyendo la otra
bonita se va á poner!)

ELISA. (Á su papá.)
Pues variarémos de tema.
¿Y tú, has dormido? (Á Dario.)

DARIO. No, á fe.

ELISA. ¿Has pensado en mí?

DARIO. (Vivamente.) No: digo...
(Corrigiéndose.)
es decir... tuve que hacer...

ELISA. ¿Y te has quedado velando?
Emborronando papel
para hacer algun discurso?...

DARIO. Sí... un discurso...

ELISA. (Con enojo infantil.) ¿Y para qué?
Para enfermar trasnochando?
Eso no me gusta! Á ver,
recojo y guardo las notas.
Estas serán! (Recoge la carta de Clemencia.)

DARIO. (Apercibiéndose de ello.) ¡Cielos!...

ELISA. (Sorprendida y mirando á Dario con espanto.) ¿Eh?
Qué significa?

DIEGO. (Acudiendo á su hija.) ¿Qué tienes?
¿Qué indica tu palidez?
(Alarmado.)

ELISA. (Apartando á su padre.)
Espera un instante, espera.
¿Esta carta, de quién es?
(Á Dario, con temblor convulsivo.)

DARIO. (¡Dios mio! La de Clemencia!)

RAF. (¡Ya se descubrió el pastel!)

DARIO. ¿Esa carta?... (Afectando serenidad.)

ELISA. (Próximn á desfallecer.) Sí, esta carta;
la carta de una mujer!

DARIO. (Mirándola.)
¡Ah! vamos, sí, ya recuerdo!
La tuya. (Á Rafael.)

RAF. (Sorprendido.) ¿Cómo?

DARIO. (Con viveza á Rafael.) La de...
Ya sabes!...

DIEGO. (Observándolos.) (No cuela el juego.)

RAF. (Reponiéndose con violencia.)
¡Ah! si... esta carta...

ELISA. (Con ansiedad.) ¿Es de usted?

RAF. ¡Sí... sí... mia!... por descuido
ahí encima la dejé...
(Tomándola y mirándola.)

ELISA. (Con seriedad.)
Permita usted que le diga
de franca y amiga á fuer,
que peca de inadvertido
dejando así, á la merced,
cartas, que diciendo tanto,
cualquiera puede leer...
Con usted vive un amigo,
y juzgo que no está bien

exponerle á que le cuelguen
milagros de tal jaez.

RAF. Oh!... (Aturdido.)

ELISA. (Á Dario.) Perdóname si injusta
de tí un momento dudé!

DARIO. ¿Has creido?

ELISA. ¡Sí por cierto!
Ha sido un rato cruel!

DIEGO. Pero, Elisa; ¡que no puedas
jamás tu genio vencer!—
(Ap.) (Llévatela fuera! (Á Dario.)

DARIO. (Á D. Diego.) ¿Fuera?)

DIEGO. Distráela.

DARIO. Dios de Israel!)
(Mirando al punto donde está Clemencia.)

DIEGO. (Á Elisa.) Qué, no esperas la modista?

ELISA. Sí.

DIEGO. No aguardas á Samper?

ELISA. ¡Ah, sí, es verdad!... ven, Dario!

DARIO. ¿Que vaya contigo? (Vacilando,)

DIEGO. (A Dario.) Vé.
Con eso así á vuestro gusto
podreis los dos escoger.
Porque yo, ¿qué es lo que entiendo?
del *guipur* y el *valencienne*?

ELISA. Tiene razon. ¿Vamos?

DARIO. Vamos.

DIEGO. ¡Abur!... (Por Dios, Rafael!...)
(Á Rafael.)

RAF. (Pues, señor... esta es más negra!)
(Viéndolos salir.)

ELISA. No vienes, papá? (Á su padre.)

DIEGO. (En la puerta del fondo.) Ya iré.

RAF. (Saliendo de su estupor.)
Él forja un pastel de á cuatro
que yo no me he de comer,
y me deja hecho una mosca
preso de patas en él.

ESCENA XI.

D. DIEGO, RAFAEL.

DIEGO. Ahora bien; ya estamos solos,
y es preciso hablar clarito.
RAF. (Qué va á decirme este hombre?)
Hable usted. (Con temor.)
DIEGO. (Un tanto grave.) Pues ya me explico:
Elisa ha dicho muy bien.
RAF. Sí, señor; muy bien ha dicho.
DIEGO. Dejar que una carta abierta
ande rodando sin tino,
sobre ser una imprudencia,
no es honrar al que la ha escrito.
RAF. No lo niego.
DIEGO. (Con cierto calor.) Y si esa carta
es de mujer, no concibo
cómo puede haber un hombre
que cometa tal descuido.
RAF. (Confuso.)
¡Dice usted bien!... yo confieso...
DIEGO. Confiese usted, señor mio,
que quien obra de ese modo
tiene muy poco juicio.
RAF. No diré que no! (Qué zurra
me está pegando este tio!)
DIEGO. Juzgue usted si el caso es grave
por lo que aquí ha sucedido.
Mi Elisa viene á casarse,
ciega fe tiene en Dario;
mas un fiero desengaño
la hiciera morir, de fijo.
RAF. Sí; ya ví!...
DIEGO. ¿Se hizo usted cargo
de la impresion que la hizo
la lectura de esa carta
hallada tan de improviso?
Si usted no hubiera aquí estado,
si usted con tacto esquisito
no hubiera apartado al punto

las sospechas de su amigo,
¿qué fuera aquí de mi Elisa,
qué es lo que hubiera ocurrido?

RAF. Dice usted bien!

DIEGO. Por fortuna
el juego ha salido limpio,
y creyendo á usted, mi Elisa
lleva el corazon tranquilo.

RAF. (Alarmado.) ¿Qué dice usted? ¿Usted duda?

DIEGO. Yo sé bien lo que me digo,
pues he visto lo que ha hecho
y en cuanto vale lo estimo.

RAF. ¿Ese es un error!... (Vivamente.)

DIEGO. (Sonriendo.) ¿De verás?

RAF. ¡Yo no puedo permitirlo!
La carta...

DIEGO. (Con intencion.) ¿Es de usted?

RAF. ¡Es mia! (Con calor.)

DIEGO. ¿Lo afirma usted?

RAF. Sí, lo afirmo.

DIEGO. Palabra de honor?

RAF. Palabra. (Resuelto.)

DIEGO. Está muy bien, no replico:
mas perdone que le diga
que siendo así, no es muy digno
que al par que su fama exponga,
exponga la del vecino.

RAF. ¿Qué dice usted?

DIEGO. (Con severidad.) Que es por cierto
sobrado comprometido,
que sin respetos al nombre
del que al fin será mi hijo,
reciba usted en su cuarto
mujeres de tapadillo.

RAF. ¡Por Dios!... (Bajando la voz.)

DIEGO. (Con calor.) ¡Cómo serán ellas
cuando sin pudor!...

RAF. ¡Por Cristo!...
(Asustado y mirando á todas partes.)
¡No hable usted tan alto!

DIEGO. ¿Cómo? (Sonriendo.)

RAF. Es que da usted unos gritos...

Y no soy sordo.

DIEGO. (Con aplomo.) No es eso...
¡Si yo la causa adivino!...

RAF. (Ap.) Canario! (Desconcertado.)

DIEGO. Mas soy prudente;
usted estaba conmigo
cuando aquí llegó esa dama,
y ella de aquí no ha salido.
Tal vez sospechar debiera
de Dario, mas...

RAF. (Vivamente.) Ya he dicho
á usted...

DIEGO. Corriente, me callo,
y en este punto no insisto. (Con intencion.)
Yo creeré lo que usted quiera.

RAF. Vacila usted? (Vivamente.)

DIEGO. ¡No vacilo!...
pero la córte, es la córte... (Con desconfianza.)

RAF. Sí, señor, y hay unos lios!... (Confuso.)

DIEGO. Es preciso que este acabe,
al menos aquí: lo exijo. (Con firmeza.)

RAF. Dice usted muy bien.
(Suspirando de angustia.)

DIEGO. (Con intencion.) No quiero
que otro nuevo compromiso
pueda encender en mi Elisa
una duda sin motivo.

RAF. Comprendo. (Vivamente.)

DIEGO. Dejo á usted solo.

RAF. La haré salir, y...

DIEGO. Eso mismo;
(Dándole la mano.)
mas leccion tan provechosa
no eche usted en el olvido. (Sale por el fondo.)

ESCENA XII.

RAFAEL, solo respirando.

¡Jesus, qué enredo! qué enredo!
¡Qué diablo de laberinto!—

—Y es que me ha puesto este hombre
lo mismo que á un monaguillo!—
¡Señor Dario! qué lance!
¡qué lance, señor Dario!
¡Si pienso que sudo sangre!
si ya debo de estar frito!
Mas dónde estará esta dama?
¿En dónde la habrá metido?
(Registra los cuartos.)
¡Ah!... ya!... salga usted sin miedo!
(Encuentra á Clemencia.)

ESCENA XIII.

RAFAEL, CLEMENCIA, cubierta con un velo.

CLEM. ¡Oh! Qué vergüenza, Dios mio!
RAF. ¡Fie usted en mí!...
CLEM. ¡Salgamos!
(Despues de un momento de vacilacion.)
VARGAS. (Dentro.) Entremos en cualquier sitio.
¿Á qué incomodarse?
CLEM. (Espantada.) ¡Cielos!
RAF. ¿Eh? (Deteniéndose.)
CLEM. (Volviendo á ocultarse.)
(¡La voz de mi marido!)
RAF. (Aturdido y contrariado.)
¡Nada, lo que es hoy no sale,
no sale de aquí, está visto!

ESCENA XIV.

D. DIEGO, VARGAS, RAFAEL.

VARGAS. Entremos en cualquier parte,
que en cualquier parte estoy bien.
El caso es darte un abrazo.
DIEGO. ¿Un abrazo?... y dos... y tres!...
¿Recibiste, pues, mi carta?...
VARGAS. ¡Pues claro está! Y sin querer
esperar á que volviera

mi esposa de San Ginés,
dije, leyendo las señas:
«¡Pues señor, los voy á ver!»
Y aquí me tienes.

DIEGO. (Con alegría.) Me alegro!
y estás muy bueno!

VARGAS. ¡Pardiez!
Y eso que hace ya diez años
que no nos vemos!

DIEGO. Sí á fe.
¡Diez años! Cuál corre el tiempo!
Si parece que fué ayer!...

VARGAS. Pues nada; ¡ya hace diez años!
¡Yo era entónces coronel!

DIEGO. ¿Y hoy general?

VARGAS. Y casado.

DIEGO. ¡Y bien casado! (Con íntima satisfaccion.)

VARGAS. Ya ves.
Todos mis vicios de antaño
los declaré de cuartel.

DIEGO. ¡Bien hecho! Ya sé que es rica!

VARGAS. ¡Jóven y bella!...

DIEGO. Ya sé...

VARGAS. No merezco descalzarla
segun lo buena que es.
¿Pero dónde está mi Elisa?

DIEGO. ¡No la vas á conocer!

VARGAS. ¿Estará muy bella?

DIEGO. ¡Mucho!

VARGAS. (Señalando á Rafael.)
Y es este jóven con quien...

DIEGO. El señor es un amigo...

VARGAS. ¡Perdone usted!... (Inclinándose.)

RAF. (Impaciente.) No hay de qué.
(Pues si de aquí no se marchan,
¿cómo saco á esta mujer?)

ESCENA XV.

DICHOS, ELISA, DARIO, por el fondo.

DIEGO. ¡Pero aquí tienes los novios!
VARGAS. ¡Cómo! ¡San Juan!... (Sorprendido alegremente.)
DARIO. (Pasmado, al verle.) (Cielos!... Él!...)
DIEGO. ¡Hola! ustedes se conocen?
Acércate, Elisa, ven;
abraza á mi primo Vargas,
el general!...
ELISA. ¡Oh! placer!
¡Tio! (Abrazándole.)
VARGAS. ¡Abraza, sobrinita!
¡Está muy guapa! (Á D. Diego.)
DIEGO. (Satisfecho.) Sí, eh?
VARGAS. Y usted que nada me ha dicho.
ELISA. ¡Cómo!... Le conoce usted? (Con gozo.)
VARGAS. ¡Si es el amigo de casa
más asistente y más fiel!...
Por cierto que á su influencia
debo hoy mismo...
DARIO. (Interrumpiéndole.) ¿Qué es deber?...
(Ap.) (¡Por Dios, general!
VARGAS. (Dándole la mano.) Me callo;
mas de agradecido á fuer...
DARIO. ¿Quiere usted avergonzarme? (Confundido.)
VARGAS. Descuide usted, no lo haré.)
(Apretándole la mano.)
¡Cáspita!... Buena pareja (Á D. Diego.)
van los dos á componer!
DIEGO. (Ap. á Vargas.)
(¡Me alegro que le conozcas!
tengo que decirte.
VARGAS. ¿Qué?
DIEGO. Cosas un tanto espinosas!
Ya te las diré despues.)
Hoy te quedas con nosotros
á almorzar.
VARGAS. (Gozoso.) ¡Y aun á comer!
RAF. (Ap. á Dario.)

(¡Échalos de aquí, por Cristo!...

DARIO. (Id. á Rafael.)
¡Cómo! ¡aun no ha salido!

RAF. ¡Pues!

DARIO. ¡Ten calma!)

DIEGO. Mas, vamos fuera,
¡esto es tan estrecho!
(Mirando á Rafael.)

VARGAS. (Á D. Diego.) Á ver,
dame papel y tintero,
á mi esposa escribiré,
y la diré que se venga
con nosotros.

ELISA. (Alegremente.) ¡Eso es!
Tengo tal afan por verla!

VARGAS. ¡Pues mucho te va á querer!

DIEGO. Ea, pues, fuera salgamos,
y todo te lo daré.

VARGAS ¡Corriente!... el brazo, sobrina,
hoy me pertenece!... (Á Dario.)

RAF. Amen. (Viéndolos salir.)

ESCENA XVI.

RAFAEL, DARIO.

DARIO. ¡Dios mio!

RAF. Ponte al acecho.

DARIO. Ya no hay nada que temer,
(Mirando adentro.)
han entrado en la otra sala.

RAF. Entónces...
(En ademan de buscar á Clemencia)

DARIO. No, déjame, (Deteniéndole.)
tengo que hablarla un instante.

RAF. Pero...

DARIO. Aguarda, Rafael.
(Abre la puerta y sale Clemencia.)

ESCENA XVII.

DICHOS, CLEMÉNCIA.

CLEM. ¡Ah! (Mirándole sorprendida.)
DARIO. ¡Clemencia! (Suplicanto en voz baja.)
CLEM. ¿Usted aquí? (Con desden, lo mismo.)
DARIO. ¡Perdóneme usted, Clemencia!
CLEM. No pida usted indulgencia,
(Con orgullo y desden.)¡
y olvídese usted de mí.
DARIO. ¡Clemencia! (Suplicante.)
CLEM. ¡Si me da horror
ver á usted!
ELISA. (Dentro.) ¿Vienes, Dario?
RAF. ¡Jesus! (Dando vueltas.)
DARIO. (Espantado.) ¡Elisa!
CLEM. (Queriendo huir.) ¡Dios mio!
RAF. ¡Eh!... qué demonios! valor!
(Con resolucion.)
Cógese usted de mi brazo,
(Coge el sombrero.)
llévelo usted bien sujeto,
y salgamos de este aprieto,
así, de golpe y porrazo.
(Salen al mismo tiempo que aparece Elisa.)

ESCENA XVIII.

DARIO, ELISA

ELISA. ¡Oh!... Qué es esto? (Sorprendida.)
DARIO. (Procurando serenarse.) ¡Qué sé yo!
ELISA. ¿No es Rafael?
DARIO. (Confuso.) Sí por cierto.
ELISA. ¿Y esa mujer?
DARIO. (Con vaguedad.) No lo acierto...
ELISA. ¿No la has conocido?
DARIO. (Casi sereno.) No.
ELISA.. (Disgustada.) ¿Y cómo permites que él
obre así, siendo quien eres?

DARIO. ¡Tienes razon!... mas ¿qué quieres?
¡Son cosas de Rafael! (Con cierto empacho.)
¡Oh! no digas que testigo
has sido de esta emboscada!

ELISA. Está bien!... No diré nada,
mas no me gusta tu amigo.
(Vánse por el fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO, VARGAS.

VARGAS. Aleja, pues, tu inquietud
y esas dudas recelosas,
porque esas cosas, son cosas
propias de la juventud.
Recuerda lo que yo he sido:
¡ya ves si he cazado largo!...
DIEGO. Bien me acuerdo.
VARGAS. Y sin embargo,
me precio de buen marido.
Pues harto sabido es,
y ejemplos sobran bastantes,
que los que más corren antes
son más discretos despues.
Y es que no olvida el más ducho,
si á casarse se dispone,
que á mucho tal vez se expone
quien no se respeta mucho.
Pues jugar con el amor
y la paz de una mujer,
es exponerse á perder

con el sosiego el honor.
Ademas, aunque confieso
que ha poco á mi casa viene,
sé que el mundo á San Juan tiene
por mozo honrado y de peso.
Es formal, buen orador,
fama de saber disfruta,
y en fin, hay quien se disputa
de su amistad el favor.
Ya ves, que á no ser cual es
no alcanzara aquí tal nombre!
Te digo que es todo un hombre
de la cabeza á los pies.

DIEGO. Si yo por tal lo he tenido!

VARGAS. Pues á no andar tan derecho
¿le hubiera bajo mi techo
un solo instante admitido?
Yo... ¿teniendo una deidad
por mujer?... ¡no soy tan loco!...
¡Pues no hubiera hablado poco
ya la buena sociedad!
¡Ella una jóven! yo viejo!...
¡Él un jóven de valia!...
sí, sí; ¡bonito andaria
á estas horas mi pellejo!
Créeme, cuando le admitió
mi ciega amistad sin tasa,
fué por juzgarle en mi casa
tan honrado como yo.
No temas, pues, que te aflija
con el mas leve desliz;
es una eleccion feliz
que hará dichosa á tu hija.

DIEGO. Confieso que sin razon
tal vez mi labio le acusa:
¿mas qué quieres? no hallo excusa
para aquella turbacion.
Mientras que puesto en un potro
Dario me parecia,
sereno y con sangre fria
miraba á mi Elisa el otro:
y del apuro en presencia

dejaba hacer á Dario,
como quien dice:—«hijo mio,
eso no es de mi incumbencia.»

VARGAS. Rasgo por cierto maestro
que su habilidad demuestra;
pues quien sereno se muestra
revela al cabo ser diestro.

DIEGO. Es que aun siendo tan osado,
tambien turbado le ví;
por eso dije entre mí,
«vaya, aquí hay gato encerrado.»
Pues si la carta aceptó,
fué por borrarme la pista,
fué una letra que á la vista
el buen San Juan le endosó.

VARGAS. ¡Bah!... permite que te arguya,
que eso ya raya en mania;
si el uno repuso «es mia,»
cuando el otro dijo «es suya;»
¿no es llevar hasta el exceso
duda que tan clara está?...
Pues de los dos no está ya
uno convicto y confeso?
¿No echó de aquí á esa mujer?
no declaró...

DIEGO. Sí, por Dios,
pero el juego es de los dos
y no es fácil de entender.
Mucho con su enlace gana
mi Elisa, que en él espera;
pero soy padre y sintiera
que fuera infeliz mañana.
Bien sé que acaso el demonio
punzándome el alma está;
pero este enredo no da
del porvenir testimonio.
Que como en este Madrid
no hay resistencia que baste,
pues hoy hasta diera al traste
con la entereza del Cid;
¿quién en vista de este lio
que á mi comprension se esconde,

me asegura y me responde
de la lealtad de Dario?
Conviene, pues, aclarar
de este suceso el misterio,
porque el asunto es muy serio
y así no puede quedar.

VARGAS. (Levantándose.) Vamos, con esa aprension
que todo lo encuentra negro,
estás haciendo ya el suegro
á la mayor perfeccion.
Desecha, pues, ese afan
que sueles temar por todo,
que ya encontraré yo modo
de hablar aquí con San Juan.
Y al conocer lo que pasa
y que la duda te inquieta;
¿qué ha de hacer? Que ese poeta
salga al punto de esta casa.
Y una vez resuelto así,
se acabarán tus extremos.

DIEGO. (Dudoso.)
¡Jum! ¡qué se yo!... mas callemos,
que estan los chicos aquí.

ESCENA II.

DICHOS, ELISA y DARIO detrás, reflexivo.

ELISA. ¡Pues esta si que es mejor!
¡ustedes aquí charlando,
y nosotros esperando
con el té en el comedor!

DIEGO. Tiene razon. (Á Vargas.)

VARGAS. (Con intencion cariñosa.) ¿Y te pesa?

DIEGO. (Sonriendo.)
¡Pesarme? No digo tal.

VARGAS. Nunca al amor viene mal
un rato de sobremesa.
¿No es verdad?

ELISA. (Con ingenuidad.) ¿Á qué fingir?
(Con intencion.)
Amor crece con el trato,

y á veces conviene un rato
para hablar del porvenir.
¿No es cierto, Dario? (Con intencion.)

DARIO. (Con vaguedad.) Cierto.
Hay que pensar en la casa...
y en la paz... y en...

DIEGO. (Vivamente.) ¿Pues qué pasa?
¿qué teneis?

ELISA. (Vivamente.) Nada.

DIEGO. (Mirando á uno y otro.) Es que advierto...
¿Habeis reñido?

DARIO. (Vivamente.) Eso no...

DIEGO. ¿No? dilo tú. (Á Elisa.)

ELISA. (Vivamente.) Francamente,
era una cuenta pendiente,
la he saldado, y se acabó.

DIEGO. Cuenta pendiente? (Con extrañeza.)

ELISA. Cabal.

DIEGO. ¿Contigo?

ELISA. (Vivamente.) Sí, no te asombre.

DARIO. (Confuso.)
Á veces se encuentra un hombre
en casos de apuro tal...

ELISA. Que es justo que una mujer
preste un consejo oportuno.

DARIO. Cierto... porque á veces uno...
no sabe lo que ha de hacer...

DIEGO. ¿Pues qué ocurre? (Alarmado.)

ELISA. (Riendo.) ¡Si no es nada!

DARIO. No se alarme usted. (Vivamente.)

DIEGO. (Conteniéndose.) Creí...

VARGAS. ¡Vaya! Y qué te importa á tí
que tengan una agarrada?
Deja á los novios, por Dios,
que allá arreglen sus congojas;
ya sabes que ha dicho Rojas:
«para dos perdices, dos.»

DIEGO. ¡Ya!... sí; pero...

VARGAS. No seas plomo,
y deja de hacer el bú.
Te aguarda el té.

DIEGO. ¿Pues y tú?

VARGAS. Yo ese brevaje no tomo.
ELISA. Cómo?
VARGAS. No es del gusto mio.
ELISA. No insisto, pues, siendo así.
DIEGO. Entónces... (Á Elisa.)
VARGAS. Ve tú, que aquí
(Empujándole amistosamente.)
me quedo yo con Dario.
En santa paz y sosiego
tenemos que hablar los dos.
DIEGO. Eso es otra cosa.
VARGAS. Adios.
ELISA. Pues hasta luego.
VARGAS. Hasta luego.

ESCENA III.

VARGAS, DARIO.

VARGAS. Ya que estamos sin testigos
y á solas al fin nos vemos,
bien es que los dos hablemos
como dos buenos amigos.
Quiere usted?
DARIO. (Se sienta) Atento estoy.
VARGAS. Pues voy á hablarle sin tasa,
que ya ve que en esta casa
algo valgo y algo soy.
Antiguo amigo y pariente
del buen don Diego de Mesa,
cuanto á su bien interesa
me interesa á mí igualmente.
Y pues en estrecha red
se une usted á la familia,
se sobreentiende en mi homilia
que al par me interesa usted.
Lo digo con vanidad;
si antes su amistad queria,
juzgue usted desde este dia
cómo será mi amistad!...
DARIO. ¡Por Dios, general! (Confundido.)
VARGAS. Lo digo

con el más vivo placer:
tengo mucho orgullo en ser
pariente de usted y amigo.
Esto dicho, y satisfecho
en cuanto toca este punto,
entro de lleno al asunto
y vóyme al punto derecho.
Usted vive mal.

DARIO. (Asustado.) ¡Yo!...

VARGAS. Sí,
nada en ocultarlo gana;
el lance de esta mañana
lo saben todos aquí.

DARIO. Cómo!... usted... (Balbuceando.)

VARGAS. (Interrumpiéndole.) Le hago merced
de toda razon de excusa:
yo comprendo que se abusa
de lo bueno que es usted.
Tal vez hay quien sin sosiego
dudas contra usted esconde,
que á tales dudas responde
la viva inquietud de Diego.

DARIO. ¡Cómo!... Cree?...

VARGAS. Aunque mal le cuadre,
sepa usted que eso le escuece;
pero disculpa merece,
porque al fin y al cabo es padre.
Ponga usted pies en pared
y acalle el mal que le inquieta:
la amistad de ese poeta
no le favorece á usted.

DARIO. Pero...

VARGAS. La paz de esa niña
exige acabar tal trato:
(Con intencion.)
evite usted que el conato
pase mañana á ser riña.

DARIO. Lo dice usted... (Vivamente.)

VARGAS. Sí, por Dios,
algo con Elisa ha habido;
no niegue usted que ha ocurrido
un disgusto entre los dos.

DARIO. Sí, mas... (Confuso.)
VARGAS. Querrá precaver
con prudencia otros fracasos,
y, soy justo, en estos casos
lleva razon la mujer.
¿Pues quién será la que quiera
si es que piensa en su reposo,
que aquel que ha de ser su esposo
viva con un calavera?
DARIO. (Vivamente.)
¡Oh! no: tenerle por tal
es inferirle una ofensa.
VARGAS. Si usted sale á su defensa
voy de usted á pensar mal.
Que á igual sospecha se expone
quien por hacer un servicio,
se presta á escudar el vicio
y al bien de todos se opone.
DARIO. (Vivamente)
No, no: debo á usted decir,
y lo afirmo por quien soy,
que el grave suceso de hoy
no se puede repetir.
VARGAS. ¿Quién lo garantiza? (Sonriendo.)
DARIO. ¡Yo!
VARGAS. ¿Está usted cierto? (Con ironia.)
DARIO. (Con gran calor.) Lo juro;
no puede haber otro apuro
donde la causa acabó.
VARGAS. Esto es decirme quizás
que han puesto á su afecto coto?
DARIO. Sí, señor; ambos han roto
para no verse jamás.
VARGAS. ¡Bah! ¡me pasmo y me confundo
(Se levantan.)
oyéndole hablar así!
Confieso que le creí
más conocedor del mundo!
Romper... ¿Pues basta querer?
¿qué pasion es tan discreta?
¡Lazo que el amor sujeta
no es tan fácil de romper!

por mucho que la razon
nos llame acaso á juicio,
ejerce el amor, ó el vicio,
tan poderosa atraccion,
que en vano el hombre se afana
por resistir y vencer,
que lazo roto de ayer
tal vez se anuda mañana.

DARIO. ¡Oh! juro á usted!

VARGAS. (Con calor.) ¡Por piedad,
ni aun jure usted por sí mismo!
¡Si al asomarme á ese abismo
espanta su inmensidad!
Da orígen á una pasion
quizás un capricho ciego,
que empieza por ser un juego
tomado por distraccion.
Sin saber cómo ni cuándo,
mas deslizándose en calma,
va el amor dentro del alma
cierta proporcion tomando:
pues lo mismo que la lumbre
que al soplo del aire crece,
amor, que escaso aparece,
se aviva con la costumbre.
Primero en dulce solaz
nos seduce y nos recrea,
luego se nutre en la idea
de una inalterable paz.
Y así, de encanto en encanto,
nos arrastra incautamente,
hasta mostrarse potente
llenando el alma de espanto.
Entónces, con fiero alarde,
su empuje atajar queremos,
y á nuestra costa aprendemos,
que ya para todo es tarde.
Quizás se llega á romper,
pero el esfuerzo es inútil,
porque el pretexto más fútil
esclavos nos vuelve á hacer.
La angustiosa situacion

de la mujer que se pierde:
la vanidad que nos muerde
en medio del corazon:
¡Las lágrimas!... la piedad!...
¡El temor de otro cariño!...
¡Quiá! quiá! ¡si el hombre es un niño
lleno de debilidad!...
¡Romper!... ¿Quién dice romper?
¡Concluir! ¿Qué es concluir?
Eso se suele decir,
pero no se suele hacer.

DARIO. No, general; yo le digo...

VARGAS. No se canse usted así,
por bien de todos aquí
no debe seguir su amigo.
Preso de nuevo en la red
de esa situacion tirana,
no dude usted que mañana
volverá á abusar de usted.
Si usted no se lo sacude
antes que dé otro mal paso,
puede, acaso... y sin acaso,
que de usted tambien se dude.
Que todos al fin dirán
viendo su escaso interés:
—«dime con quién andas,»—¡pues!
ya sabe usted el refran.

DARIO. Pero...

VARGAS. Conque así, valor; (Dándole la mano.)
durillo es el trance: pero,
lo primero es lo primero,
y lo mejor... lo mejor.
Solo dejo á usted aquí,
y que lo deje perdone:
mas mire á cuánto se expone
si no hace caso de mí.
No tenga el alma indecisa,
yo por su bien se lo ruego:
piense usted que duda Diego,
no haga usted que dude Elisa.

ESCENA IV.

DARIO, avergonzado y paseando inquieto.

Oh! ¡qué suplicio, Dios mio!
¡Qué contraste entre uno y otro!
¡Yo tan mezquino y tan débil!
¡Él tan bueno y generoso!
¡Al revelarme en sus frases
toda la verdad que toco,
pensaba que sus miradas
envueltas en ira y odio
sobre mi frente caian
como una lluvia de plomo!
Más de una vez he creido
que amenazador y torbo
penetraba con su vista
de mi conciencia hasta el fondo,
y al juzgarme sorprendido
he sentido casi loco,
que el fuego de la vergüenza
me estaba azotando el rostro.
Dice bien; así ha brotado
este amor nuevo en nosotros;
así ha ganado terreno
paso á paso, y poco á poco;
y hoy que gigante le miro
por culpa de mi abandono,
no sé si insensato y ciego
las fibras de un alma he roto.
—¡Pobre Clemencia!... merezco
todo su desprecio! todo!—
¿Con qué cara cuando venga
podré mostrarme á sus ojos?
Hablará á Elisa!—¡preciso!—
—¿Cómo impedirlo?—No hay modo—
y entónces... no; si esto es justo!
(Irritado contra sí.)
¡si este castigo es forzoso!
si al verme tan rebajado
ni aun yo mismo me conozco!

—¿Y Rafael? ¡Pobre amigo!
¡cómo en la calle le pongo!
Si le digo que Clemencia!... (Conteniéndose.)
¿Nombrarla yo?—No la nombro;
¡si solamente al pensarlo
presumo que la deshonro!...

ESCENA V.

DARIO, RAFAEL, por el fondo.

RAF. ¡Ah!... ¡tú aquí!...
DARIO. (¡Cielos!)
RAF. Me alegro,
me alegro de hallarte solo.
DARIO. ¿Y bien? (Vivamente y con temor.)
RAF. Nada, sin cuidado,
no ha habido el menor estorbo.
Cuando á la calle salimos,
pasaba un coche sin forro;
uno de esos peseteros
que viven, ya sabes cómo,
papando moscas de dia,
de noche tapando embrollos.
DARIO. ¿Y qué? (Con ansiedad.)
RAF. Se paró al momento:
¡siempre llegan á propósito!
¡parece que en estos casos
los proporciona el demonio!
DARIO. ¿Y partió al punto? (Con ansiedad.)
RAF. Al escape,
y yo me quedé hecho un bobo,
pensando en que me has metido
en un apuro bien gordo.
DARIO. ¡Perdóname, fué preciso!
RAF. Sí, ya lo ví, y te perdono;
pero por Cristo te ruego
que no me metas en otro.
DARIO. ¡Ah!... no: ¡todo ha concluido!
RAF. Pues me alegro... y lo deploro,
que otro págo merecian
sus comprimidos sollozos.

DARIO. ¡Cómo! Lloraba?... (Vivamente.)
RAF. ¡Tal creo!
¡pues digo si el caso es flojo!...
¡verse plantada por otra!...
DARIO. (Ap.) (¡Pobre Clemencia!) (Confundido.)
RAF. Y supongo
que á estas horas le habrá dado
un buen ataque nervioso.
Temblaba de tal manera
cuando salió!...
DARIO. (¡Soy un monstruo!)
RAF. ¡Y es guapa!
DARIO. (Asustado.) ¡Qué!... ¿Tú la has visto?
RAF. Un instante, de reojo,
que al subir al coche, el aire
la levantó el velo un poco.
DARIO. ¡Oh!... pues por Dios que no digas...
RAF. No es fácil; ya ves que ignoro
su nombre, su estado...
DARIO. (Escuchando.) ¡Calla!
RAF. ¿Qué pasa?
DARIO. (Asustado.) ¡Que á Elisa oigo!...
RAF. ¡Ahora sí que va á ser ella!...
DARIO. ¡Si esto es estar en un potro!

ESCENA VI.

DICHOS, ELISA.

ELISA. (Conteniéndose al ver á Rafael.)
¡Ah! perdone usted, creí (Á Rafael.)
encontrar solo á Dario!
DARIO. No, ya ves... (Confuso.)
ELISA. Papá y el tio
te estan esperando allí!
DARIO. ¡Ah!... sí, entiendo. (¡Esto es cruel!)
RAF. (¡Vaya una chiquilla adusta!)
DARIO. (¡Pero Elisa!...) (Á Elisa.)
ELISA. (Á Dario.) (No me gusta
verte un instante con él...)
RAF. (¡Hablan bajo, qué sospecha!)

DARIO. (Á Elisa.) Bien, disimula: (Á Rafael.) hasta luego.
RAF. ¡Adios! (Ap.) (Ya conozco el juego,
es un pretexto!... lo echa!...
¿Y aquí permanece Elisa?
¡Llegó el solemne momento!...
Estoy tan... ¡es que no siento
ni el cuello de la camisa!)

ESCENA VII.

ELISA, RAFAEL.

RAF. ¿Se queda usted?
ELISA. Ya lo vé. (Se sienta.)
RAF. ¡Sí! ya veo! (No habla nada.) (Se sienta.)
¿Está usted incomodada?
ELISA. ¿Con quién?
RAF. Conmigo...
ELISA. (Con indiferencia.) ¿Y por qué?
RAF. Como há poco que de aquí (Resuelto.)
salir corriendo me vió...
ELISA. ¡Y que usted saliera ó no! (Con calor.)
¿eso qué me importa á mí?
RAF. Como usted llegó á leer (Desconcertado.)
de un modo tan imprevisto...
y luego como me ha visto
del brazo de una mujer...
Pudiera usted presumir
ó pudiera sospechar...
ELISA. ¿Quién le permite á usted dar
(Levantándose con dignidad.)
cuentas que no debo oir?
Ya que torpe ó indiscreto
á un grado tal se propasa,
mientras viva en esta casa
guárdeme usted mas respeto;
y aprenda usted por favor,
si es que usted no lo concibe,
que viviendo como vive
se vive solo mejor.
Que quien libre así se ve
obrar puede á su capricho.

RAF. Sí, pero Elisa... (Confuso.)
ELISA. ¡Harto he dicho!
(Interrumpiéndole con severidad.)
¡Perdone usted!
RAF. ¡No hay de qué! (Turbado.)

ESCENA VIII.

RAFAEL, despues de un momento de asombro.

¡Del otro son los deslices
y yo soy el castigado!
¡Canario! ¡pues me ha dejado
con un palmo de narices!
¡Sí, sí! ¡La niña es escasa
para hablar! ¡Vaya si es lance!
—¡Y me ha dicho en buen romance
que me marche de esta casa!—
¡Y claro está! ¿cómo sigo?
(Paseándose.)
¿Cómo sigo, Dios eterno?
¡Señor, Señor! ¡En qué infierno
(Se detiene.)
me está metiendo mi amigo!
¡Si hablo, su ventura expongo!
y eso... ¡qué diablos! ¡jamás!
Nada... nada, de hoy en más
(Se pasea.)
voy á vivir como un hongo.—
Así, más libre que el viento,
podré pensar... (Deteniéndose.) ¡bueno estoy!
¡Vaya usted á pensar hoy
en hallar un argumento!
Con todo lo que me pasa,
(Impaciente.)
fuera encontrarlo un albur. (Se detiene.)

ESCENA IX.

DICHO, VARGAS.

VARGAS. ¡Hola!... ¿Sale usted?
RAF. (Saliendo de su estupor.) Abur,
voy á buscar otra casa.
VARGAS. (Gozoso.) ¡Otra casa!... ¿Podrá ser?...
RAF. Lo que usted oye.
VARGAS. ¡Qué escucho!
Pues, hombre, me alegro mucho;
se lo iba yo á proponer.
RAF. ¿Sí? Pues ya ve usted!...
(Conteniendo su mal humor.)
VARGAS. (Satisfecho.) Ya veo
que echa usted por el atajo.
RAF. Claro; le evito un trabajo
y realizo su deseo.
VARGAS. Me alegro, que eso se llama
tener talento!
RAF. (Con ira contenida.) Sí, sí;
¡abur! (Ap.) (¡Busque usted aquí
(Saliendo con enojo.)
el asunto para un drama!)

ESCENA X.

VARGAS, y en seguida D. DIEGO, ELISA y DARIO.

VARGAS. Vaya si el mozo es ladino!
Lo habrá comprendido todo,
y, está claro, de este modo
nos ha salido al camino.
Vamos, todo se arregló!...
DIEGO. Qué dices? (Entran todos.)
VARGAS. De casa muda.
ELISA. ¿Se marcha?
VARGAS. Sí.
ELISA. (Gozosa.) Pues no hay duda,
mi leccion aprovechó.
DARIO. Que, ¡tú le has dicho!... (Desconcertado.)

ELISA. (Con alegria.) Yo, sí;
aquí me quedé con él!...
VARGAS. ¡Bravo!
DARIO. (¡Pobre Rafael!
(Con profundo sentimiento.)
¿Qué es lo que dirá de mí?)—
DIEGO. (Con intencion.)
Con eso tú te descargas
de ese peso.
DARIO. (Turbado.) Sí, sí tal.
ELISA. (Con cariño.)
¡Qué! ¿lo sientes? ¿Hice mal?
DARIO. No. (Risueño.)

ESCENA XI.

DICHOS, JUAN.

JUAN. (Anunciando.) La señora de Vargas.
VARGAS. ¡Mi esposa!... (Movimiento de todos.)
DIEGO. (Á Juan.) ¡Cómo!... tunante!
¿Y así en la puerta te estás?
ELISA. ¡Oh! corramos!
DARIO. (Desfallecido.) ¿Esto más?
DIEGO. (Á Juan, que se va.)
Dila que pase adelante.
VARGAS. No incomodarse.
DIEGO. Sí á fé.
¡pues hombre!... Elisa!... Dario!
Salgamos.
VARGAS. (Deteniéndolos.) ¡Oh! no.
DARIO. (Vacilante.) (¡Dios mio!)
VARGAS. ¡Si ya está aquí! ¿para qué?
(Movimiento de todos, que se inclinan á su aparicion.)

ESCENA XII.

DICHOS, CLEMENCIA.

VARGAS. (Saliendo á su encuentro.)
Te habrá causado sorpresa

mi carta.

CLEM. (Con vaguedad.) ¡Sí... ciertamente!

VARGAS. Permite que te presente
á mi primo Diego Mesa,
propietario del Baztan,
y el más rico que en él pisa.

CLEM. (Saludando á D. Diego, que se inclina.)
Tengo un placer...

VARGAS. (Señalándola.) Su hija Elisa,
prometida de San Juan.

DARIO. (¡Oh!) (Aterrado.)

CLEM. (Mirándola.) (¡Dios mio!)

DIEGO. (Con franqueza.) Acorta el plazo
de esas fórmulas aquí.
¡Elisa!... ¿qué haces tú así
que no la das un abrazo?

ELISA. ¡Con mucho gusto!... (Con gozo. La abraza.)

DIEGO. ¡Eso es!...
Así el temor se destierra.

DARIO. (¡Oh! quisiera que la tierra
se abriera bajo mis pies.)

ELISA. ¿Mas qué es esto? ¡usted vacila! (Alarmada.)
¿Está usted mala?

CLEM. (Procurando dominarse.) No á fé.

VARGAS. ¡Cómo!... ¿Qué tienes? (Asustado.)

CLEM. (Con vaguedad.) No sé.

DIEGO. ¡Un poco de azahar ó tila! (Á Elisa.)

CLEM. ¡No se incomode usted, no!...
(Limpiándose la frente.)
¡No es nada!

VARGAS. ¿Pero qué ha sido?

CLEM. ¡Nada!... ¡un mareo! ¡un vahido!
se ha pasado... y se acabó!

ELISA. Pero... (Insistiendo.)

CLEM. (Deteniéndola.) Mil gracias, Elisa.

VARGAS. (Con cariño.)
¿Ves si te rogaba en vano?
¡Has salido tan temprano
por el afan de ir á misa!...

DIEGO. ¡Quizás en ayunas!

VARGAS. (Incomodado.) ¡Pues!
¿Quién hace tal desatino?

DIEGO. (Á Elisa.) Trae caldo, bizcochos, vino...
CLEM. No, no; si acaso despues.
DIEGO. Vamos, primo, ¿es que tu esposa
me toma por un extraño?
VARGAS. ¡Ya ves! (Á Clemencia.)
CLEM. (Vivamente.) ¡No, me hiciera daño
si aceptara cualquier cosa!...
DIEGO. Bien; no insisto; eso concilia
nuestro mútuo empeño.
CLEM. (Vivamente.) ¡Oh! sí.
DIEGO. Júzguese usted, pues, aquí,
como quien dice, en familia.
VARGAS. ¡Eso es!... Pasó?
CLEM. (Respirando.) Pasó.
VARGAS. ¿Del todo?
CLEM. (Sonriendo.) Buena me siento.
VARGAS. Vaya, pues!... en un momento
voy al ministerio yo.
DIEGO. ¡Qué es salir! ¿Estás demente?
ELISA. ¿Y si ocurre otro fracaso?
VARGAS. Pues, hija, ¿no estoy á un paso?
¿No está el ministerio enfrente?
¡Y á más, que no he de tardar!
DIEGO. ¡Siendo así!
VARGAS. ¡Claro!
DIEGO. Me entrego.
VARGAS. Pues vuelvo al punto.
(Dando la mano á su mujer.)
CLEM. Hasta luego.
DIEGO. Bah, te voy á acompañar.

ESCENA XIII.

CLEMENCIA, ELISA, DARIO.

ELISA. ¿Se calma usted? (Con intencion.)
CLEM. Sí por Dios.
ELISA. Me alegro. (Con gozo.)
CLEM. (Respirando.) Ya estoy serena:
ya puedo mi enhorabuena
(Mirando á Dario.)
ofrecer á ustedes dos.

ELISA. (Con ingenuidad.)
¡Oh, cumplimientos á mí!...
¡Déjelos usted aparte!
CLEM. (Con cariño.)
¿Pues no debo tomar parte
en tal ventura?
ELISA. (Con alegria.) Eso sí;
y yo agradezco el cuidado
con todo mi corazon.
CLEM. San Juan en esta ocasion (Con intencion.)
ha sido tan reservado!
ELISA. ¿De veras? (Sonriendo.)
CLEM. ¡Como quizá
(Siempre intencionada.)
este proyecto es de ahora!...
ELISA. (Con ingenuidad.)
¡Oh! ya hace un año, señora,
que habló Dario á papá.
DARIO. (¡Oh, qué suplicio!)
CLEM. (¡Qué escucho!)
(Con intencion mirando á Dario.)
¿Conque ya hace un año?
ELISA. ¡Sí!
¿No es verdad? (Á Dario.)
CLEM. Pues siendo así,
¿le querrá usted mucho?
ELISA. (Con expansion.) ¡Oh!... mucho!...
CLEM. (Á Dario con intencion.)
Y usted deberá pagar
tanto amor...
DARIO. (Balbuceando.) ¡Oh!... sí; del todo!...
ELISA. (Un poco picada.)
¡Jesus! lo dices de un modo,
que me debiera enojar!
DARIO. ¿Por qué? (Confuso.)
ELISA. (Sonriendo.) Contestas así,
de una manera tan fria!...
DARIO. Es que...
ELISA. (Vivamente.) ¡Cualquiera diria
que no me quieres á mí!
DARIO. (Id.) Eso... no.
CLEM. (Con intencion.) ¡No puede ser!

ELISA. ¡Fuera engañarme! (Vivamente.)
DARIO. (Con angustia.) (¡Dios mio!)
CLEM. ¡Es imposible!... ¡Dario! (Con ironia.)
¡burlarse de una mujer!...
¡No es fácil!
ELISA. ¿Verdad que no?
CLEM. ¡Él, que de honor es trasunto!...
ELISA. ¡Oh!... ¡Lo que es en ese punto (Con fe.)
estoy muy tranquila yo!
CLEM. ¿Cómo no estarlo?
ELISA. No es él
de esos hombres sin conciencia
que hoy se ven con gran frecuencia,
porque los hay á granel,
que sin respeto á su honor,
honor, que es pura quimera,
suelen ir por donde quiera
jugando con el amor.
CLEM. No es de esos seres, su ser,
(Con marcada intencion.)
llenos de vicio y carcoma,
que tomando siempre á broma
la virtud de una mujer,
ofreciendo su amor van
á cualquiera por ahí:
¿verdad que usted no es así?
¡usted no es de esos, San Juan!
DARIO. ¡Oh!... señora!... (Por favor!)
ELISA. (Vivamente.) No es de esos, no, yo lo fio.
CLEM. ¿Verdad?
ELISA. ¡Si siempre Dario
ha sido un hombre de honor!
CLEM. Por eso en el mundo pasa
y está tan bien admitido!
por eso le he conocido!
por eso ha entrado en mi casa!
Probo, leal, sin malicia,
¿quién tendrá de él que decir?
ELISA. ¡Cuánto me complace oir
que todos te hagan justicia!
CLEM. Siempre fiel y consecuente,
siempre ajustado al deber!

¿Mentir él? No puede ser.
¡Si el que es honrado no miente!

ELISA. (Con gozo.) Eso aumenta mi cariño,
que oyéndola á usted me arrobo.
Mas habla, ¡estás como un bobo!
(Vivamente.)
¿ve usted? ¡si parece un niño!

DARIO. (¿Hay tormento más profundo?)

ELISA. No es su amigo como él!
¡Oh! ¡si viera usted! ¡aquel
es todo un hombre de mundo!
¡qué trapisonda!... ya! ya!
¡Un calavera estupendo!
¡Si usted viera!

CLEM. (Vivamente.) Sí, comprendo,
comprendo cómo será!

ELISA. (Con calor.) Un fátuo, un osado, un necio;
un ser dado á la locura,
de esos que estan á la altura
de nuestro inmenso desprecio.
Juzgue usted de su valer
por lo que ha pasado aquí:
hoy se dejó abierta, ahí, (Señala el velador.)
la carta de una mujer!

CLEM. (Confusa.) ¡Oh!

ELISA. (Con calor.) ¿Pero qué es de extrañar,
si ella de pudor escasa,
hasta dentro de su casa
suele venirle á buscar?
¡Ya ve usted, mujer sin seso,
de esas que abundan hoy dia!
Bien dicen, que Dios los cria
y ellos.,.

CLEM. (Vacilando.) ¡Jesus!

ELISA. (Vivamente.) ¿Mas qué es eso?

DARIO. (¡Esto es apurar la esencia!) (Desesperado.)

ELISA. ¿Repite á usted? (Sosteniendo á Clemencia.)

CLEM. No.
(Reprimiéndose por un esfuerzo de voluntad.)

ELISA. Creí...
¿Por qué se está usted aquí (Con viveza.)
tan de etiqueta, Clemencia?

(Quitándola el sombrero.)
Abre, que corra más viento. (Á Dario. Váse.)

DARIO. ¡Qué! ¿te vas? (Con viveza y temor.)

ELISA. (Saliendo.) Vuelvo al momento,
traeré un abanico y agua. (Váse.)

ESCENA XIV.

DARIO, CLEMENCIA, que se oculta el rostro.

DARIO. ¡Clemencia! (En ademan de súplica.)

CLEM. (Indignada.) ¡Basta!

DARIO. (Desesperado y suplicante.) ¡Clemencia!

CLEM. ¡Este suplicio es atroz!
pero es justo; esa es la voz
que castiga mi imprudencia.

DARIO. ¡Oh!... déme usted su perdon
por el mal que la he causado:
fuí débil, mas no malvado:
¿quién manda en su corazon?
No juzgue usted que supuesto
fué mi amor, así lo juro. (De rodillas.)

CLEM. ¡Oh!... ¿Qué hace usted? (Con espanto.)
(D. Diego dentro, hablando con Elisa.)

DIEGO. ¿Ves qué apuro?

CLEM. Levante usted. (Vivamente.)

DARIO. (Viendo á D. Diego en el fondo.) ¡Ah!

DIEGO. (¿Qué es esto?)
(Ap. viendo alzarse á Dario.)

ESCENA XV.

DICHOS, D. DIEGO, ELISA, con una copa de agua.

ELISA. ¡Vaya! ¡haga usted por beber!

CLEM. Gracias. (Bebe un poco.)

ELISA. No más?

CLEM. No.

ELISA. No insisto.

DIEGO. (¿De rodillas?... ¡Nunca he visto
(Con extrañeza.)
cuidar así á una mujer!

Y él tiembla!) ¿Está usted mejor?

CLEM. (Suspirando y sentándose sin fuerzas.)
¡Oh! sí...

DIEGO. (Con extrañeza.) ¡Diablo de suceso!
Y le sucede á usted eso
con frecuencia?

CLEM. (Con vaguedad.) No señor.

DIEGO. Será un poco de histerismo.

CLEM. ¡Los nervios! (Vivamente.)

DIEGO. Ellos serán.
¿No te parece, San Juan?
(Con malicia á Dario.)

DARIO. Sí... me parece lo mismo.

DIEGO. Causan tales maravillas
los nervios...

DARIO. ¡Pues ya se ve!

DIEGO. (Que á unos mantienen de pie
y á otros doblan las rodillas!)

DARIO. ¡Son tan raros, en verdad!

ELISA. (Con interés.) Mas la ciencia no comprende...

DIEGO. Nada, la ciencia no entiende
ni pizca esa enfermedad.

ELISA. (Con cariño.) ¿Se siente usted bien?

CLEM. Sí, sí.

DIEGO. (Pues señor; esto está negro.)

ELISA. (Gozosa.) Me alegro...

DIEGO. Sí... y yo me alegro
(Aparece Vargas.)
de que esté Vargas aquí.

ESCENA XVI.

DICHOS y VARGAS, que acude presuroso viendo que todos rodean á Clemencia.

VARGAS. ¿Qué pasa? Te dió otra vez?
Te repitió?

CLEM. No por cierto.

VARGAS. Pues algo tienes: yo advierto
hoy en tí tal palidez!
¡Y está tu mano que abrasa!

ELISA. ¿No es verdad?

VARGAS. ¡Mucho que sí!
CLEM. Es que...
VARGAS. Si sigues así,
nos marcharemos á casa!
ELISA. (Ofendida.) ¿Qué?
VARGAS. (Á Elisa.) No tomes á desden
lo que dicta la prudencia,
porque en casos de dolencia
solo en casa se está bien.
¿Quieres?
CLEM. (Levantándose.) No: si esto pasó.
VARGAS. Bien, me alegro: ¡ya adivinas!
¡Esto de irse á Filipinas
dejándote enferma yo!
DIEGO. ¿Á Filipinas? (Con extrañeza.)
ELISA. (Con sentimiento.) ¡Ay, tio!
¡tan lejos pasar el mar!
VARGAS. Sí, me acaban de nombrar
por influjo de Dario!
DARIO. ¡Oh! general! (Interrumpiendo.)
DIEGO. (Imitando á Dario.) ¿Cómo?
VARGAS. ¡Pues!
ELISA. ¿Y lo has tenido encubierto?
VARGAS. ¡La modestia!...
ELISA. (Dándole la mano á Dario con satisfaccion.)
¡Ah!... bien!
DIEGO. (Reflexionando con extrañeza.) (No acierto
qué razon ó qué interés...)
VARGAS. (Mirando á Dario.)
Pero si sigues así,
aunque se enoje, renuncio.
CLEM. ¡Oh, no! (Vivamente.)
VARGAS. (Con calor.) Nada, me pronuncio,
y nos quedamos aquí.
CLEM. Repito que buena estoy.
Por una causa tan vana!...
(Con firmeza.)
Podemos partir mañana,
y antes que mañana, hoy.
ELISA. ¡Oh! renuncie usted. (Con cariño.)
CLEM. (Vivamente.) No, Elisa,
ya de renunciar no es hora.

VARGAS. Bien; pero calma, señora,
que el caso no corre prisa.
Veremos si puede haber
para retrasarlo modo.
CLEM. (Con firmeza.)
¿Retrasarlo?... Antes que todo
es el honor... el deber.
(Mirando á Dario.)
VARGAS. Dice bien. (Mirando á Elisa.)
ELISA. (Con sentimiento.) ¡Pero partir!
¡Vamos, si no tiene nombre!
(Ap. viendo entrar á Rafael.)
(¡Jesus!... aquí está este hombre:
¡no lo puedo resistir!)

ESCENA XVII.

DICHOS, RAFAEL.

VARGAS. Hola. ¿Hay casa? (Yendo hácia él.)
RAF. (Dejando el sombrero.) Sí.
ELISA. (¡Oh, placer!)
VARGAS. ¡Pues la ha encontrado usted presto!
RAF. ¡Ahí verá usted! (¿Mas qué es esto?
(Adelantándose.)
¡otra vez esta mujer!
(Fijándose en Clemencia.)
¡Vaya si la cosa es chusca!...
¡Noto en todos un afan!
(Mirando á todos que á su vez le miran con curiosidad.)
¡Claro, violentos estan
porque creen que á mí me busca!
Pues, señor, un nuevo lio:
que harto claro me lo avisa,
de un lado el ceño de Elisa,
de otro el gesto de Dario!)
VARGAS. ¿Qué tiene usted? (Notando su sorpresa.)
RAF. (Con vaguedad.) ¿Yo?...
VARGAS. No atino
por qué está así tan violento!

(Con curiosidad afectuosa.)

RAF. ¿Yo?... Conoce usted el cuento (Vivamente.)
del duende y del inquilino?

DARIO. (¡Qué va á decir!) (Asustado.)

VARGAS. (Sonriendo afablemente.) No señor;
no conozco cuento alguno,
mas si es del caso...

RAF. Oportuno.

(Siempre fijo en Clemencia.)

VARGAS. Pues cuente usted.

DARIO. (Adivinando.) (¡Ah!... ¡qué horror!)

RAF. «Era un duende familiar,
y el dueño de él aburrido,
dijo un dia decidido;
vaya me voy á mudar.
Porque si da en la mania
el duende de ir y venir,
no me va á dejar dormir
ni de noche ni de dia.»

VARGAS. ¿Y se mudó?

RAF. Se mudó:
¿pero cuál fué su sorpresa,
cuando llevando una artesa
al buen duende se encontró?
—¿Eh? ¿dónde vas?—¿dónde vamos?
querrá usted más bien decir.
—¿Pues qué, tú piensas venir?
—¡Claro está! No nos mudamos?—
Y lleno de admiracion
dijo el dueño un tanto acedo:
—«¡Pues si eso es así, me quedo!
¿qué gano en la mutacion?»

VARGAS. ¿Y eso qué? (Clemencia empieza á desfallecer.)

RAF. ¡Pues claro está!

(Mirando á Clemencia fijamente.)

Lo mismo me pasa á mí,
y digo á mi vez aquí
lo que el inquilino allá.

CLEM. ¡Jesus!... (Cae desfallecida.)

VARGAS. No acierto...

(Procurando acertar y mirando á unos y otros.)

ELISA. Otra vez.

(Acudiendo á Clemencia lo mismo que Vargas.)

DARIO. (¡Ah torpe!...) (Aterrado, á Rafael.)

RAF. ¿Qué? (Mirándole con asombro.)

DIEGO. (¡Ya lo entiendo!) (Comprendiendo.)

RAF. ¿Qué es esto? (Ap. á D. Diego.)

DIEGO. (Á Rafael.) ¿No está usted viendo
que ha dicho una insensatez?
(Acude á Clemencia.)

ELISA. Á mi cuarto. (Incorporando á Clemencia.

VARGAS. Vamos, sí.

CLEM. (¡Jesus! Jesus!...) (Vánse Elisa y Clemencia.)

VARGAS. ¡Ya adivino!
(Deteniéndose y saliendo de su estupor)
(Si él es aquí el inquilino, (Mirando á Rafael.)
el duende quién es aquí?)
(Sale por el fondo: Rafael le sigue hasta la puerta sin darse cuenta de nada.)

ESCENA XVIII.

DARIO, D. DIEGO, RAFAEL.

DARIO. ¡Fatalidad! (Desesperado creyéndose solo.)

DIEGO. (Aproximándose á él.) No, poder
de Dios, que á tiempo me avisa.

DARIO. ¡Oh! don Diego! (Ocultándose el rostro.)

DIEGO. ¡Pobre Elisa, (Con severidad.)
y pobre de esa mujer! (Se va.)

ESCENA XIX.

DARIO, RAFAEL, volviendo al ver salir á D. Diego.

RAF. ¿Qué ocurre, dí, por piedad,
que no entiendo cuanto miro?

DARIO. (Desesperado despues de haberle mirado un momento.)
¡Adios; voy á darme un tiro!

RAF. (Coge el sombrero, le mira con sorpresa y dice saliendo presuroso.)
¡Jesus, qué barbaridad!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO, sentado y pensativo.

¡Si era el juego conocido!
¡si yo bien claro veia!...
¿Para qué sirven los años,
la experiencia y la malicia?
¿Mas quién sospechar pudiera
que la mujer escondida
fuera la esposa de Vargas,
nuestra parienta, mi prima?
¡Si parece que el demonio
es quien forja estas intrigas!...
¿Qué hago yo?—Nada.—¡Imposible!—
¡Si esto no tiene salida!
(Se levanta y pasea.)
—¿Rompo con San Juan?—Entónces,
Vargas la causa adivina,
y soy la luz que esclarece
las negras dudas que abriga.
—¿Pero permito que el otro
cargue con culpas indignas?
¿Quién grava así su conciencia

con semejante injusticia?
—¿Dejo que San Juan se case?
¡Pues sacrifico á mi hija!
—¿Me niego?... ¡Claro!... y la mato
con mi ruda negativa!...
¿Qué hacer, Señor?—No lo acierto;
mi pobre razon vacila.
¡En situacion más penosa
no me he encontrado en mi vida!

ESCENA II.

D. DIEGO, DARIO, en disposicion de salir.

DIEGO. ¡Ah! eres tú? Me alegro mucho.
DARIO. ¡Don Diego aquí!... (Contrariado.)
DIEGO. Quiero hablarte.
DARIO. Voy á salir. (Disponiéndose á marchar.)
DIEGO. (Deteniéndole.) No, no importa;
es cosa de unos instantes;
sentémonos.
DARIO. (Con insistencia.) No es posible,
tengo que salir; más tarde
sabrá usted todo...
DIEGO. (Severo.) ¿Qué es esto?
¿Es quizás más importante
que lo que ocurre en tu casa,
lo que te aguarda en la calle?
DARIO. No; mas necesito... (Vacilando.)
DIEGO. (Con desden.) Entiendo;
lo que quieres es dejarme
y evitarte explicaciones
que deben avergonzarte.
¿No es verdad?
DARIO. (Confuso.) No, no; yo juro...
DIEGO. No, si negarlo es en balde;
(Con calma maliciosa.)
¿Á qué ocultar lo que piensas
si ello es fácil de acertarse?
Estás pálido, anheloso,
convulso: solo al mirarte
se ve que estás siendo presa

de furiosas tempestades.
¡Quieres huir de tí mismo!

DARIO. (Desesperado.)
Sí.—¡Y no sé dónde ocultarme!

DIEGO. ¡Quizás te halaga la idea
del suicidio!

DARIO. ¡Oh, sí!...
(Se deja caer en una silla avergonzado.)

DIEGO. (Con lástima y severidad.) ¡Si es fácil
adivinar lo que pasa
dentro de un alma cobarde!

DARIO. ¡Oh!... Don Diego!... (Levantándose.)

DIEGO. (Sereno.) Quieto, quieto,
si es que no quieres que llame
y que revele ante todos
lo indigno de tu carácter.

DARIO. ¡Bien... diga usted cuanto guste!
(Vuelve á sentarse postrado.)

DIEGO. ¿Pues qué, no hay más que matarse?
¿No te ligan á la vida
deberes bien respetables?
¿Nada supone tu nombre?
¿Nada la vida de un ángel
que ignorando cuanto pasa
solo se ocupa en amarte?
¿Pues no te espanta la idea
de su dolor insondable,
cuando sepa que es preciso
que su amor del pecho arranque?...

DARIO. ¡Oh!...

DIEGO. (Irritado.) Si no fuera por ella
¿qué me importara ese alarde!
¡Mas si una lágrima suya
vale por toda tu sangre!

DARIO. ¡Pobre Elisa!

DIEGO. No la nombres,
y oye otra razon más grave.
¿Nada te dice la honra
de otra mujer?...

DARIO. No es culpable.
(Levantándose nuevamente.)

DIEGO. Pues siendo así, si tú tienes

de su limpio honor la llave,
¿no es justo que la defiendas?
¿no es muy justo que la salves?

DARIO. ¡Oh!... sí!...

DIEGO. ¿Quién es quien debiendo
hacer tal bien no lo hace?
¿Qué importa que honrada sea
si su esposo no lo sabe?
Pues ya que valor tuviste
para pretenderla amante,
no la abandones ahora
lo mismo que un miserable.

DARIO. ¿Y qué hacer? (Con desaliento.)

DIEGO. (Con asombro.) ¡Rara pregunta!
¿Pero por qué ha de extrañarme?
(Con desprecio.)
¡Si esta pregunta es muy propia
de estos modernos galanes!
Ven á una mujer, les gusta,
(Con calor gradual.)
la siguen á todas partes,
la acosan á puro obsequio,
la rinden á pura frase.
Si es casada ¿qué suponen
los deberes coyungales?
Si es soltera... ¡una soltera
no impone respeto á nadie!
¿Qué puede ser? Que sucumba!
y ¿eso qué importa? ¿qué vale?
—¿Qué es el honor de un marido?
¿qué es es el honor de los padres?
—Tal vez un dia la esposa
mira su muerte delante:
tal vez la soltera un día
conoce que va á ser madre;
y una y otra desoladas
del peligro ante la imágen
amparo piden al hombre
que de su mal es causante;
¿y que hace el hombre? impasible.
rígido como un cadáver,
atónita la mirada,

descolorido el semblante,
pregunta entónces ¿qué hacemos?...
(En el colmo de la ira.)
¡que hacemos!... Si esto es infame!

DARIO. ¡Oh! don Diego!...

DIEGO. ¡Y que estos hombres
(Con sumo desprecio.)
puedan ser representantes
del pais! Bonitas leyes
deben sin duda esperarse
de estos hombres sin conciencia,
filosofastros de ojaldre,
que empiezan dando al olvido
hasta las leyes morales!...

DARIO. Basta, don Diego; usted tiene (Con dignidad.)
razon quizás para odiarme:
acúseme usted, es justo,
mas suprima los ultrajes,
que jamás los han sufrido
los que son de mi linaje.—
Clemencia fué en otro tiempo
mi amor primero: su padre
rompió de aquella cadena
los eslabones brillantes;
amor primero es la vida,
ese amor se olvida tarde.
¿Qué mucho al verla de nuevo,
que débil é impresionable,
de Elisa, de mí, del mundo,
haya podido olvidarme?
Si ante el amor de aquel tiempo
he sido ligero y frágil;
si dí al olvido respetos
que no deben olvidarse;
si á vueltas con mi conciencia
despues de un rudo combate
he puesto límite y coto
á una pasion formidable;
si al verme al pie del abismo,
y á ella viendo vacilante
su virtud he respetado
y la he salvado al salvarme;

si para lograr mi objeto
entablo al punto mi enlace
y entre este amor interpongo
la inmensidad de las mares;
¿no merece algun respeto
virtud que en muy pocos arde?
No tiene el esfuerzo mio
algo de noble y de grande?

DIEGO. Á ser cierto ¿quién lo duda?
¿Mas cómo se explica el lance
de esta mañana?

DARIO. (Con dignidad.) Irritada,
quizá ultrajada juzgándose,
por vez primera ha pisado
de esta casa los umbrales.
¡Fué indiscreta!... ¡salió honrada!...
Lo demas usted lo sabe;
ni más disculparla debo,
ni debo más disculparme.
Hay apariencias que á veces
no pueden bien explicarse.
¿Qué he de hacer? Pegarme un tiro,
ó hacer que Vargas me mate.

DIEGO. ¡Claro!... ¡remedio infalible!
(Con ironia desdeñosa.)
en él, todo arreglo cabe;
¡con él se afirma una honra
que por tí en peligro yace!—
¡Con él se labra la dicha
de la que aguarda anhelante
el suspirado momento
de seguirte á los altares!
Que una muera de vergüenza,
que otra de tristeza acabe;
¿qué importa? ¡tú no has de verlo!
¡tú no has de escuchar sus ayes!
¡Que Vargas sufra su mengua,
yo mi dolor!... ¿No es bastante?

DARIO. ¿Pero qué he de hacer, Dios mio?

DIEGO. ¡Qué has de hacer!... ¿pues no lo sabes
Esperar; mirar de frente
los sucesos: tal vez halles

ocasión de dar á todo
soluciones aceptables.
¿No eres hombre? Pues sé fuerte,
que no es mucho demandarte
que hoy demuestres fortaleza
ya que fuiste débil antes.

DARIO. ¡Oh! (Desesperado.)

DIEGO. Silencio, Elisa llega.
¡Que nada sepa!... aquí sale.

ESCENA III.

DICHOS, ELISA.

ELISA. ¿Estan ustedes riñendo?

DIEGO. ¡Qué desatino!... ¡No tal!

ELISA. ¡Como usted daba esas voces
y ha callado al verme entrar!

DIEGO. (Sonriendo.)
¡Quiá!... ¡Figuraciones tuyas!

ELISA. ¿Figuraciones?... ¡ya!... ¡ya!...
(Con malicia.)
¿Soy sorda acaso?... ¿Estoy ciega?
¿Pueden ustedes negar
que ambos en este momento
violencia haciéndose estan?...
(Fijándose en D. Diego.)
Usted está incomodado,
no hay más que verle la faz:
(Fijándose en Dario.)
fíjese usted un instante
en la cara de San Juan;
está pálido, intranquilo...
(Con viveza á su padre.)
y usted lo está mucho más.
¿Querrán ustedes negarme
que cuanto digo es verdad?...

DARIO. ¡Oh!... ¡si no es nada!

DIEGO. No es nada.

ELISA. ¿No? (Mirando á uno y otro.)

DIEGO. (Con fé.) ¡Te lo puedo jurar!...

ELISA. ¡Será lo que ustedes quieran!
(Desconfiada.)
no discuto, bien está;
mas lo que aquí está pasando
yo no sé cómo explicar!
Clemencia...
DARIO. (Vivamente.) ¿Qué?...
ELISA. (Con intencion.) Allá en mi cuarto
suspira con un afan....
DIEGO. ¡Los nervios!... (Vivamente.)
ELISA. (Con malicia.) ¡Sí, buenos nervios!
No son los nervios, papá.
DIEGO. ¿Eh? (Vivamente,)
DARIO. ¿Qué dices?...
ELISA. (Con malicia.) ¡Que presumo
que es otra su enfermedad!...
DARIO. (¡Dios mio!...)
DIEGO. Pues tú ¿qué sabes?
ELISA. ¡Nada!... ¡malicia quizás!...
Yo no sé lo que ha pasado
entre ella y el general.
Él la ha hablado en voz muy baja,
ella no acertaba á hablar:
él salió grave y sombrio,
y ella, con ansia mortal,
exclamó al sentirlo lejos:
«¡Todo lo va á averiguar!
¡Y si lo sabe, Dios mio,
no hay duda, lo matará!»
DARIO. ¡Oh!... (Casi desvaneciéndose.)
DIEGO. (Mirando á Dario.) (¡Jesus!)
ELISA. (Con mucha intencion.) ¿Esto qué indica?
No es difícil de acertar
si unas cosas y otras cosas
la razon ligando va.
La carta de esta mañana;
luego la salida audaz
que á mi presencia... ya sabes,
(Á Dario.)
¡Tú comprendes lo demas!
Ha poco el cuento del duende,
tan intempestivo y tan!...

¡Y él la miraba de un modo,
así, tan intencional!
(Con ingenuidad.)
Luego lo dijo por ella,
fácil es de adivinar.
¡Y digo!... ¡el tio, que es lerdo!
¡pues es poco suspicaz!...
¡para que no comprendiera
la alusion!... ¡Oh! ¡si es fatal!...
(Vivamente.)
¡Te repito que tu amigo
es una calamidad!...

DARIO. ¡Oh!... no; Rafael... (Con calor.)

DIEGO. (Ap. á Dario.) (¡Silencio!...)
¿La vas á desengañar?...

ELISA. ¿Qué es eso?... ¿Tú le defiendes?...

DIEGO. ¿No es cierto que hace muy mal?...
(Vivamente.)
Eso le estaba diciendo...

ELISA. ¡Ya lo comprendí al llegar!...
¿Soy yo tonta?

DIEGO. (¡Pobre Elisa!...)

ELISA. ¡Es una temeridad!...
¡No vale tu buen amigo
los disgustos que nos da!
¿Y qué hacemos?... ¡Esto es grave!...
¿Qué cosas no ocurrirán
si vuelve el tio trayendo
pruebas de esta iniquidad?...

DIEGO. ¡Oh!... ¡no, no quiero pensarlo!...

ELISA. Ello es preciso evitar...

DIEGO. ¡Vuélvete tú con Clemencia!
no la dejes sola, ¿estás?...

ELISA. Eso haré... ¡tiembla de un modo!...

DIEGO. Dario se quedará
en este sitio aguardando
á Rafael; yo á la par
de tí, saldré por si vuelve
Vargas!

ELISA. ¡Me gusta ese plan!
Así entre los tres podremos
conjurar la tempestad.

Vamos, pues.

DIEGO. Vamos.

ELISA. (Con seriedad infantil.) Y aprende,
no olvides esto jamás;
ya ves qué disgustos causa
prescindir de la moral! (Vánse.)

ESCENA IV.

DARIO, desesperado, yendo de un lado á otro.

¡Dios mio!... ¡Si esto es horrible!
¡Si no sé por dónde echar!...
¡Si una vez en tal pendiente
no es fácil volver atrás!...
¡Vargas celoso y buscando
los hilos de la verdad!...
El otro que está inocente,
que no podrá calcular
la importancia de sus frases,
¿qué podrá hacer? ¿Qué dirá?
(Va á salir presuroso.)
¡Corro á buscarle!... ¡Dios mio!
(Retrocediendo.)
¡De vuelta ya el general!
¡Si parece que estas cosas
las enreda Satanás!...
¡Claro!... ¡si dentro del fango
esto es justo y natural!
Quien pugna por salir de él
se hunde en él cada vez más.

ESCENA V.

DARIO, VARGAS, D. DIEGO, cogido del brazo del general.

DIEGO. En este instante reposa
y toda entrada he vedado;
hoy corre de mi cuidado

el cuidado de tu esposa.
(Afectando cariño y tranquilidad.)
Conque ya ves, primo mio,
que aguardar debes aquí.

VARGAS. (Concentrado.) ¡Corriente!... ¡así como así
tengo que hablar con Dario!...

DARIO. (¡Cielos!)

DIEGO. (Desconcertado.) ¿Con él?

VARGAS. (Sombrio.) ¡Sí por Dios!

DIEGO. Bien, si estorbo...

VARGAS. (Con intencion.) ¡Es un momento!

DIEGO. ¡Ah, ya! entendido, me ausento,
solos os dejo á los dos.

VARGAS. Perdona...

DIEGO. (Vivamente.) ¿Quieres callar?...
Tu salvedad me encocora.
Vóime, pues; con que...

VARGAS. (Serio.) ¡Hasta ahora!

DIEGO. (Qué es lo que aquí va á pasar?) (Saliendo.)

ESCENA VI.

DARIO, VARGAS.

VARGAS. Entre los hombres de honor
todo circunloquio es vano;
conque así, vamos al grano,
mientras más claros, mejor.

DARIO. (Procurando estar sereno.)
Hable usted.

VARGAS. (Con rudeza militar.) Á mi entender,
la amistad de cualquier clase,
tiene por cimiento y base
el respeto y el deber.—
Sin respeto á la lealtad,
mal ese afecto se aviene,
que amistad que esto no tiene,
ni es afecto, ni amistad.—
¿No es cierto?

DARIO. (Con ansiedad.) Cierto que sí,
la amistad así se explica.

VARGAS. ¿Pues cómo tan mal practica

lo que usted entiende así?

DARIO. (Confuso.) ¿Cómo?

VARGAS. (Con severidad.) ¿No falta al deber,
á la lealtad, al respeto,
quien guarda con tal secreto
cuanto me puede ofender?

DARIO. (Turbado.) No acierto...

VARGAS. (Con calor.) Á usted es notoria
toda la historia de hoy;
usted la sabe, y yo soy
la víctima de esa historia.

DARIO. (Confuso.) ¿Usted?

VARGAS. (Impaciente.) Fuera hipocresia,
y al caso: vamos á ver:
(Con rudeza militar.)
se trata de una mujer,
y esa mujer es la mia.

DARIO. ¡Oh!... ¿qué dice usted? (Con asombro.)

VARGAS. (Con calma ruda.) Así;
la cuestion, precisa y llana.
Niegue usted que esta mañana
ha estado Clemencia aquí.—

DARIO. (Vivamente.) ¡General!...

VARGAS. (Interrumpiéndole.) Sé lo que digo:
hable usted como hombre honrado,
porque está usted obligado
á ser muy franco conmigo.
Que á decir me compromete
no siendo franco y leal,
que es tan vil quien cubre el mal
como aquel que le comete.

DARIO. ¿Pero usted duda de mí?

VARGAS. Si usted calla, puede ser;
yo necesito saber
quién es el duende aquí.

DARIO. ¡Oh! ¿Y por ese desvario (Respirando.)
se está usted volviendo loco?

VARGAS. (Interrumpiendo.) Procedamos con un poco
de lógica, señor mio.
No piense usted en verdad
que suspicaz con exceso,
se me ha trastornado el seso

con una vulgaridad.
Recuerde que al dar por grave
lance tan formal y serio,
usted de todo el misterio
demostró tener la clave;
pues seguro por demas,
poniendo á mis dudas coto,
me dijo usted: «es que han roto
para no verse jamás.»
Y en este concepto, pues,
la conclusion es de esencia;
si ese duende no es Clemencia,
usted me dirá quién es.

DARIO. ¡Cómo!... ¿exige usted?...

VARGAS. ¡Su nombre!

DARIO. ¿Su nombre? (Con extrañeza.)

VARGAS. Justo y cabal.

DARIO. (Con dignidad.) Eso, señor general,
no se exige á ningun hombre.

VARGAS. ¿Se niega usted? (Con rudeza.)

DARIO. (Con firmeza.) Considero
que al hablarme de tal modo,
olvida usted ante todo
que he nacido caballero.
Y harto debe conocer,
por más que se ofenda y clame,
que es indigno, que es infame,
quien deshonra una mujer.
Si por calmar su ansiedad
datos de mi labio espera,
pídame usted cuanto quiera,
pero no una indignidad;
que á tanto no me someto
por ruego ni por temor.

VARGAS. ¿Ni por mi honor? (Con calor.)

DARIO. (Id.) ¡Oh! su honor
no debe tenerlo inquieto!

VARGAS. ¡Pues si con tal resistencia
crecen las dudas que escondo!...

DARIO. General, yo le respondo
de la virtud de Clemencia.

VARGAS. Diga usted un nombre, pues,

si con él salva á mi esposa.

DARIO. Pregunte usted otra cosa,
mas no decirle quién es.

VARGAS. ¿Es un nombre conocido?

DARIO. Mucho.

VARGAS. ¡Es casada?

DARIO. Casada.

VARGAS. ¡Ya ve usted!... (Con ira.)

DARIO. (Interrumpiendo.) Pero es honrada
y respeta á su marido.
(Con intencion.)
Quizás en honda inquietud
recordó otro amor su mente,
mas brilla clara en su frente
la llama de la virtud.
Virtud no hollada jamás,
pues que triunfó al resistir.
Ni usted puede más pedir,
ni yo puedo decir más.

VARGAS. (Reprimiéndose.)
¡Bien está!... Yo sé qué hacer!
Pues de usted nada consigo,
yo haré que diga su amigo
el nombre de esa mujer.

DARIO. No lo dirá.

VARGAS. (Conteniendo su ira.) Bien, adios;
mas si la verdad no apuro,
por lo más santo le juro
que me bato con los dos.

ESCENA VII.

DARIO, solo y desesperado.

¡Qué situacion más cruel!...
¡Un duelo?... ¡Bien!... ¡no me opongo!
¿mas cómo á tal lance expongo
al bueno de Rafael?
¡No, no; imposible! jamás!...
¡puede ser el fin funesto!...
Corro á buscarle.

ESCENA VIII.

DARIO, D. DIEGO.

DIEGO. (Deteniéndole.) ¿Qué es esto?
DARIO. (Queriendo salir.)
Perdone usted...
DIEGO. (Deteniéndole.) ¿Dónde vas?
¡Cálmate!... todo lo he oido!...
DARIO. ¿Usted oyó?...
DIEGO. Todo, sí.
DARIO. (En ademan de salir.)
Pues entónces...
DIEGO. (Deteniéndole.) Quieto aquí,
¿no ves que estás aturdido?
Si da la casualidad
que con él te llega á ver,
¿qué pensará?
DARIO. (Desesperado.) ¿Pues qué hacer?
DIEGO. ¿Qué? Escribirle la verdad.
Hacerle la descripcion
del caso; contarle todo,
y él quizás procure el modo
de hallar una solucion.
DARIO. ¿Mas dónde le encontrarán?...
DIEGO. ¡Dios nos abrirá camino!...
DARIO. (Vivamente.)
¡Ah!... ya caigo, en el Casino;
allí está á estas horas... Juan! (Llamando.)
DIEGO. Escribe; sé exacto y fiel...
DARIO. Aguarde usted un momento.
(Se toma tiempo para escribir una carta de medianas proporciones.)
¡Juan!... (Llamando.)

ESCENA IX.

DICHOS, JUAN.

JUAN. ¡Señor!...
DARIO. Vé como el viento

en busca de Rafael.
Primero al Casino irás;
si no está allí, á la carrera,
búscale por donde quiera,
y dale esta carta, ¿estás?
Dile que el caso es urgente,
vé al punto.

JUAN. (Presuroso.) Volando voy.
(¿Qué demonios pasa hoy (Saliendo.)
que anda revuelta esta gente?) (Váse.)

ESCENA X.

DARIO, D. DIEGO.

DIEGO. Ahora, fe en la Providencia:
descansa en ella y en mí.

DARIO. ¡Ah! (Va á salir y retrocede.)

DIEGO. (Alarmado.) ¡Qué!

DARIO. (Vivamente.) Salgamos de aquí.

DIEGO. (Mirando al foro.)
¡Cielos!... Vargas y Clemencia!
¿Cómo Elisa esta ocasion (Contrariado.)
evitar no habrá podido?

DARIO. ¿Quién puede con un marido
que busca una explicacion?

DIEGO. Cierto; ¡Clemencia es perdida!
y si Elisa sabe el caso...

DARIO. ¡Venga usted!... (Cogiéndole.)

DIEGO. ¡Temo un fracaso!...

DARIO. (Señalando la derecha.)
Por esa estancia hay salida. (Vánse.)

ESCENA XI.

VARGAS, CLEMENCIA.

VARGAS. Pues aquí nadie nos ve (Severo.)
ni nos oye, segun creo,
siéntese usted, porque veo
que no puede estar de pie.

CLEM. (Con temor.)
¡Ese tono contra mí!...
VARGAS. Es el que cumple, y al hecho;
soy quien soy, y uso un derecho
al hablar á usted así.
CLEM. (Con ansiedad.)
Bien, hable usted, por favor,
aunque ese tono me mata.
(Reponiéndose.)
¿De qué se trata?
VARGAS. (Con intencion y frialdad.) Se trata
de mi nombre y de mi honor.
CLEM. ¿Duda usted de mí? (Vivamente)
VARGAS. (Id.) ¡Tal vez!
CLEM. ¿Y me acusa? (Con calor.)
VARGAS. (Severo y con energia.) Cuentas pido;
ya es tiempo de que un marido
sepa ser marido y juez.
CLEM. (Vivamente y con pena.)
¡Pero esa duda es villana!
VARGAS. Aclararla me precisa:
usted, que no ha estado en misa,
¿dónde ha estado esta mañana?
CLEM. (Ap.) ¡Horror!...
(Se sienta desfallecida y se cubre el rostro.)
VARGAS. Confiese usted, pues,
que sobrada razon tengo:
repito á usted y sostengo
que no ha estado en San Ginés.
Usted va siempre á un altar,
y silla le dan al ir,
y el que la suele servir
no la ha visto á usted entrar.
Y siendo allí conocida,
es de extrañar que notada
no haya usted sido á la entrada
ni tampoco á la salida.
Hágame usted la merced
de dar á este asunto vado;
pues que en ese altar no ha estado,
¿en qué altar ha estado usted?—
¿No habla usted? ¿Es que rehusa

darme respuesta?

CLEM. (Levantándose con sentimiento, pero sin orgullo.)
Sí tal;
solo la que es criminal
niega, declara ó se excusa.

VARGAS. Teoria de conveniencia;
razon que á nada responde;
que á veces el mal esconde
como esconde á la inocencia.
Quien no tiene que temer
dice la verdad desnuda.

CLEM. ¿Y qué marido que duda
interroga á su mujer?
Si acusada con verdad
su esposo á hablar la provoca,
¿espera usted que su boca
revele su deslealtad?
No llega á tanto el valor
que así rompa toda valla,
que lo que el miedo no calla
lo calla siempre el pudor.
Mas si envuelta en su honradez
se ve acusada y herida,
¿qué mujer así ofendida
no calla por altivez?...

VARGAS. Ni es altiva la inocencia,
ni lo es la esposa leal,
porque esa lleva un cristal
siempre sobre su conciencia.
Y cuando falta la fe
en que la dicha reposa,
el cristal muestra la esposa,
y dice al esposo: «ve.»—
Si usted se tiene por tal,
antes que á mal no lo tome,
déjeme usted que me asome
de su conciencia al cristal.

CLEM. (Con la vaguedad del temor.)
Fuera en vano ciertamente
negarme á tal exigencia,
que el cristal de la conciencia
lo ha puesto Dios en la frente.

Y si lo mancha una falta,
la abate el remordimiento:
¡míreme usted bien atento,
que yo la llevo muy alta!

VARGAS. (Con calor.)
Niebla de oscuro arrebol
la enturbia si no la humilla.

CLEM. (Vivamente y con energia.)
Siempre tras la niebla brilla
más clara la luz del sol.

VARGAS. Eso quiero yo saber
sin que recelo me quede: (Mirando fuera.)
mas aquí viene quien puede
mis dudas esclarecer.

CLEM. ¡Jesus! (Con terror.)

VARGAS. ¡Es providencial!
ocultarme me conviene;
yo veré si con quien viene
cruza usted una señal.

CLEM. ¿Se oculta usted? (Deteniéndole asustada.)

VARGAS. Es forzoso.

CLEM. ¡Pero eso es indigno! (Despechada.)

VARGAS. (Sonriendo con malicia.) ¡Ah, no!
Lo mismo hiciera que yo
cualquier marido celoso.—
No olvide usted mi advertencia,
que desde allí viendo estoy.
Haga usted cuenta que voy
á asomarme á su conciencia.
(Se entra en la izquierda.)

ESCENA XII.

CLEMENCIA, dejándose caer abatida en una butaca

¡Jesus! cogida en tal red!...
¡Era esta expiacion precisa!

ESCENA XIII.

CLEMENCIA, RAFAEL, por el fondo.

RAF. (Mirando á todas partes.)
¿Qué es esto? No hay nadie? Ah!... ¡Elisa!...
(Viéndola.)
¡Canario! Á los pies de usted.

ESCENA XIV.

DICHOS, DARIO, que detiene á Rafael en el fondo.

DARIO. ¡Oh!... ¿Te vas?.,.
RAF. Mira hácia allí; (Asustado.)
¡no más enredos, por Cristo!
(Señala á Clemencia.)
Esa mujer por lo visto
no quiere salir de aquí.
DARIO. ¡Calla! (Con temor mirando á todas partes.)
RAF. ¡Por todo atropella!
DARIO. ¿No has encontrado á Juan?
(Vivamente y en voz baja.)
RAF. ¡No!
DARIO. (Suplicante.) Pues búscale mientras yo
hablo un instante con ella.
Corre al Casino y sabrás
el apuro en que me veo.
RAF. ¡Voy!... ¡Qué mujer! ¡Segun creo (Saliendo.)
es el mismo Satanás!

ESCENA XV.

CLEMENCIA, DARIO, VARGAS, escondido.

DARIO. ¡Clemencia!
(Aproximándose y bajando la voz.)

CLEM. (¡Cielos! ¡Dario!
(Levantándose y mirando á todas partes.)
¡Helada mi sangre siento!)
DARIO. ¡Oígame usted!...
CLEM. (Aterrada.) ¿Hay tormento
igual al tormento mio!)
DARIO. Su esposo con ciego ardor,
busca la verdad, la toca.
CLEM. (¡Oh Dios mio!... ¡Yo estoy loca!
¡Él va á ser mi acusador!)
DARIO. Hágame usted la merced (Con calor.)
de escucharme.
CLEM. (Mirando á la habitacion de Vargas.)
No, no quiero.
(Vargas aparece, la mira airado y se oculta.)
¡Ah!... sí; hable usted, caballero,
diga usted, sí, diga usted!
(Se sienta trémula de espanto.)
DARIO. ¡Comprendo todo el horror
que la inspira mi presencia!...
Yo he llenado esa existencia
de pesar y de dolor.
Yo he perturbado una calma
que respetar he debido;
yo insensato he removido
los afectos de su alma.
CLEM. (¡Jesus!) (Angustiada.)
DARIO. Con tenaz empeño
busqué el amor de otro dia,
sin mirar que usted tenia
un hombre honrado por dueño.
Un hombre lleno de honor
que ama á usted con desvario,
digno del respeto mio,
digno de todo su amor.
Tanto esta idea espantable
gritó airada en mi conciencia,
que ante su acento, Clemencia,
me he juzgado un miserable.
Y queriendo digno ser
de usted, que sabe triunfar,
de usted aprendí á luchar,

de usted aprendí á vencer.
Por eso entre tal amor
poner el mar he querido,
respetando á su marido
y respetando su honor.
Si resentida tal vez
juzgando mi amor mezquino
hoy cuenta á pedirme vino
en alas de su altivez;
si herida en su dignidad
vino á protestar airada
contra una pasion menguada
indigna de mi lealtad:
¿qué la puedo yo decir
que en mi defensa no sea?
más noble ha sido mi idea
y la expondré sin mentir.

CLEM. ¡Oh! basta.

DARIO. No, tengo sed (Vivamente.)
de su justicia.
(Aparece Vargas como antes.)

CLEM. (Viéndole con espanto.) (¡Oh, Dios mio!
¿Otra vez?... ¡esto es impio!)
(Alto y respirando apenas.)
¡Bien!... siga usted... siga usted!

DARIO. Dentro de poco al altar (Con solemnidad.)
á otra mujer llevar debo:
¿por qué tiemblo y no me atrevo
este deber á llenar?
Porque ante usted mi valor
débil considero y vano.
¿Qué valdrá darla mi mano
si de usted será mi amor?
Por eso en ley y en conciencia
si esposo honrado he de ser,
debo entre este amor poner
el mar, el tiempo y la ausencia.
Solo procediendo así
puedo imitarla y ser fuerte,
porque obrando de otra suerte
no respondiera de mí.
Así este esfuerzo en los dos

será más grande y profundo;
virtud que se oculta al mundo
es siempre grata ante Dios.
Esta la razon ha sido
que á alejarla me ha impulsado;
mi amor, siempre contrariado,
muere al fin como ha nacido.
Usted sufre como yo,
triste arrastra su existencia:
¡perdone el cielo, Clemencia,
á quien tanto mal causó!
Pudiera guardarle encono
porque deshizo mi gloria;
mas respeto su memoria,
fué su padre, y lo perdono.
Rota de nuevo la red
de ese amor ciego y profundo,
pongo entre los dos un mundo,
y así soy digno de usted.

CLEM. ¡Oh! (Conteniendo su espanto.)

VARGAS. Mas si cree que este alarde
otro intento acaso escuda;
si hoy porque su esposo duda
cree que la esquivo cobarde;
si juzga en su indignacion
que torpe y mal caballero
quizá abandonarla quiero
en tan dura situacion,
deponga sospecha tal,
y piense usted de otro modo,
que yo estoy dispuesto á todo
en este extremo fatal.

CLEM. Basta. (Con espanto. Viendo aparecer á Vargas.)

DARIO. (Interrumpiendo.) Deje usted que acabe,
que quizás de obrar es hora.
—Vargas duda: acaso ahora
juzga este asunto más grave.
En busca de Rafael
lleno de enojo ha salido:
Juan con una carta ha ido
de mi parte para él.
Mas si Juan no llega á dar

con él, si con él no acierta,
si antes que el papel le advierta
Vargas le llega á encontrar:
si ageno siendo á esa duda
Rafael, desprevenido,
revela incauto al marido
toda la verdad desnuda;
¿quién, aunque á sus pies intente
su honra de usted defender,
logrará hacerle creer
que usted se encuentra inocente?
¿Quién le podrá persuadir
aunque se mate en jurar,
que honrada llegó aquí á entrar,
que honrada llegó á salir?
Antes que á tal situacion
llegue usted á su presencia,
huyamos... (Vargas se adelanta poco á poco.)

CLEM. (Aterrada, viéndole.) ¡Nunca!

DARIO. (Con energia.) Clemencia,
tenga usted resolucion.
No es el instinto del mal
el que exige á usted tal prueba,
es que al abismo nos lleva
una ley dura y fatal.
No es fácil retroceder
ante su impulso potente,
una vez en tal pendiente
fuerza es dejarse caer.
Valor, huyamos de aquí,
vana es toda resistencia.
(Observando la ansiedad de Clemencia.)
¿Mas qué tiene usted, Clemencia,
que me está mirando así?
¿Tiembla usted? ¿Se siente mal?
¡Por Dios, tenga usted aliento;
si Vargas llega...

VARGAS. (Interponiéndose con solemnidad.) Un momento.

DARIO. ¡Oh!... (Retrocede espantado.)

CLEM. (Cayendo postrada en un sofá.)
¡Dios mio!

DARIO. (Mirando pálido y convulsivo á Vargas.) ¡General!

(Se miran de hito en hito.)

ESCENA XVI.

CLEMENCIA, VARGAS, DARIO.

VARGAS. (Despues de un momento de silencio.)
La angustiosa situacion
de la mujer que se pierde:
(Señala á Clemencia,)
la vanidad que nos muerde
en medio del corazon:
¡las lágrimas! ¡la piedad!
el temor de otro cariño...
(Con intencion.)
¿Ve usted?... ¡Si el hombre es un niño
lleno de debilidad!
(Con calor.)
¡Romper!... ¡Si no puede ser!
¿Qué pasion es tan discreta?
¡Lazo que al amor sujeta
no es tan fácil de romper!

DARIO. ¡Oh!... ¡General!... (Suplicante.)

VARGAS. (Insistiendo.) Aun hay más;
esquivando un alboroto
me dijo usted: «¡Es que han roto
para no verse jamás!»
¿Se acuerda usted?...

DARIO. (Ap. y humillado.) (¿Dónde huir?)

VARGAS. ¿Por qué dobla usted la frente?
¿tan rebajado se siente
que nada acierta á decir?

DARIO. ¡Oh! no merezco merced,
la amé, mi culpa confieso;
máteme usted.

VARGAS. (Con desden.) Y con eso
¿me vengo acaso de usted?
Debiera sin vacilar
hacerlo, en pena y castigo
del que fingiéndose amigo
no ha respetado mi hogar.
Mas con ello, á mi entender,

solamente alcanzaria
manchar mi honor en un dia
y el honor de esta mujer.

DARIO. (Vivamente.)
Juro á usted que es inocente.

VARGAS. (Con calma.)
Si no lo creyera así,
ni usted estuviera ahí,
ni ella alzara aquí la frente.
Por algo la Providencia
á esa estancia me ha llevado:
no en vano he estado asomado
al cristal de su conciencia.
De la verdad fuí en pos
y clara al cabo la ví.
¡No protege Dios así
á la que falta ante Dios!

CLEM. ¡Ah! ¡perdon!... (Llorando. Cae de rodillas.)

DARIO. (Ap.) ¡Pierdo el juicio!

VARGAS. (Despues de un momento.)
Levanta; siempre lo obtiene
la mujer que se detiene
al borde del precipicio.—
Esto te hará conocer
hasta qué peligro llega,
la mujer que un punto ciega
se olvida de su deber.

CLEM. ¡Vargas! (Se inclina llorando en su pecho.)

VARGAS. No más. (Separándola con dignidad.)

DARIO. (Confundido.) (¡Oh! rubor!
su fuego el rostro me enciende.)

VARGAS. Y usted, que tan mal comprende
lo que es amistad y honor,
no tema que aquí me venza
del justo rencor la sed:
solo voy á dar á usted
por castigo su vergüenza.
Quien descuaja de raiz
yerba que daña, no yerra:
—hay un ángel en la tierra
que merece ser feliz.—
Ciega vive, cree en su amor...

DARIO. ¿Y va á decirla?... (Espantado)
VARGAS. Eso quiero.
DARIO. (Suplicante.) ¡Ah!... general!... no, primero
máteme usted, es mejor.
VARGAS. Corazon que tanto vale
debe á otro bien aspirar.
DARIO. (Desesperado.) ¡Oh!... la va usted á matar!
CLEM. ¡Vargas!... (Suplicante.)
VARGAS. ¡Silencio! Aquí sale.

ESCENA XVII.

DICHOS, ELISA, D. DIEGO.

ELISA. (Presurosa.) Vamos, hoy no sé por qué
todo me suena aquí á riña.
DARIO. ¡Oh! por favor!... (Suplicante ap. á Vargas.)
CLEM. (Avergonzada.) (¡Pobre niña!)
DIEGO. (¿Qué ocurre?
(Ap. hablando á Vargas.)
VARGAS. Todo lo sé. (Mirando á Dario.)
DIEGO. (Con intencion.) ¿Estás bien seguro?
VARGAS. Si. (Despues de mirar á Clemencia y Dario.)
DIEGO. ¿Todo? (Recalcando.)
VARGAS. Todo. (Con intencion.)
DIEGO. (Satisfecho.) Pues me alegro;
así el marido y el suegro
quedan tranquilos aquí.
VARGAS. ¿Cómo tranquilos?
DIEGO. (Respirando) ¡Se entiende!
¡no era pequeño el ovillo!...
VARGAS. ¿Qué, tú sabes?...
DIEGO. Al dedillo,
sé ya la historia del duende.
¡Indiscrecion! imprudencia,
ligerezas de mujer!
Pero en fin ¿qué vas á hacer?
Respondo de su inocencia.—
¿Vas un escándalo á dar?
Míralo bien, que eso es grave:
hoy el mundo nada sabe,

¿por qué hacerle sospechar?

VARGAS. Pero quieres que transija (Con calor.)
con quien todo lo escarnece?
¿Acaso ese hombre merece
el cariño de tu hija?

DIEGO. ¿Y le vas á descubrir? (Alarmado.)

VARGAS. ¡Oh! sí; me quiero vengar!

DIEGO. ¡Si á Elisa quieres matar (Con calor.)
me callo, empieza á decir.

ELISA. ¡Jesus! y qué discusion, (Riendo.)
¡qué calor!... ¡ni en el Congreso!...

VARGAS. (Ap.) (¡Oh!... no; ¿qué alcanzo con eso?
Callaré: ¡tiene razon!...)

ELISA. ¿Van ustedes á seguir?

VARGAS. (Sobreponiéndose.) No, no, ríñe á tu papá,
que empeñado y terco está
en no dejarme partir.

ELISA. ¿Partir? dónde?

DIEGO. ¿No adivinas? (Vivamente.)

ELISA. ¡Ah! sí, comprendo... ¡Dios mio! (Con pena.)
la culpa tiene Dario!—
¡Y no es nada!... ¡Á Filipinas!...

VARGAS. ¡Ya has oido á mi mujer!

ELISA. ¿Mas no hay un medio, algun modo?. .

VARGAS. ¡Oh!... no: ya oiste: ante todo
(Mirando á Clemencia con intencion.)
es el honor, el deber.
Acepté: resuelto estoy,
Clemencia tambien se allana,
pues ha dicho... (Con intencion.)

CLEM. (Vivamente.) Sí, mañana...

VARGAS. (Terminando con intencion.)
¡Y antes que mañana, hoy!...

ELISA. Sí, mas hoy no puede ser.

VARGAS. Será mañana. (Aparece Rafael.)

ELISA. (Con enojo á Dario.) ¡Oh! Dario!
mira...

DARIO. (¡Rafael!)

ELISA. (Á Dario.) (¡Dios mio!...
(Con repugnancia) ¡Vamos!—¡no lo puedo ver!)

ESCENA XVIII.

DICHOS, RAFAEL, con la carta abierta en la mano.

RAF. (Distraido y sin fijarse en nadie.)
¡Jesus, qué enredo! ¡qué trama!
¡Quién creyera!... ¡Estoy funesto!...
DIEGO. ¡Hola!... ¿aquí usted?
RAF. (Sin responder, mirando la carta.)
¡Y es asunto!
¡Es asunto para un drama!
DIEGO. Hombre, sea usted más atento,
¿no ve que le estan hablando?...
RAF. (Saliendo de su abstraccion y ocultando la carta.)
¡Ah!... sí... sí... ¡estaba pensando
en un diablo de argumento!...
VARGAS. (Con intencion.)
¿Y eso le preocupa así?...
RAF. ¡Pues claro!... ¿no es de pensar?...
VARGAS. (Con intencion.)
¡Quiá! Si eso es fácil de hallar
sin que usted salga de aquí!
RAF. ¡Cómo! (Receloso.) (¡Esto toma mal giro!)
¿Sin salir?
VARGAS. (Con intencion.) ¡Pues!...
RAF. (Receloso.) (Esto es grave.
Este la verdad no sabe
y me va á pegar un tiro.)
No acierto...
VARGAS. ¿Usted no comprende?
¡Pues si está el plan manifiesto!...
Una vez en claro puesto...
RAF. (Vivamente.)
¡Ah!... ya caigo!... lo del duende!
VARGAS. ¡Claro!... si toma usted pie
de ese incidente!...
RAF. (Vivamente.) ¡Hay de sobra
para escribir una obra!
VARGAS. (Con intencion.)
¿No es verdad?

RAF. (Vivamente.) Pues ya se ve.
Tomo por pie un matrimonio
que embrólla un leve descuido...
VARGAS. ¡Justo!...
RAF. Sospecha el marido
que se da al mismo demonio:
y cuando va á acontecer...
VARGAS. La catástrofe...
RAF. Lo grave...
VARGAS. (Con intencion.)
El marido, entónces, sabe
que es honrada su mujer.
RAF. ¡Ya! (Adivinando.)
VARGAS. ¡Pues!...
ELISA. ¿Mas cómo lo acierta?
VARGAS. (Con naturalidad.)
Hija, el móvil es sabido;
¿qué autor no esconde al marido
si tiene á mano una puerta?
ELISA. (Sin comprender.)
No entiendo...
RAF. (Vivamente.) Tiene razon.
(Rompiendo la carta y mirando á Vargas.)
¡Y eso otra prueba dispensa!
(Despues de un momento.)
Mas ya verá usted la prensa
cuando emita su opinion.
Dirá, viendo que al final
no hay un duelo ni un difunto,
que este asunto es mucho asunto
y que peca de inmoral.
VARGAS. ¡Que diga! ¿á usted?...
RAF. (Con desenfado.) Claro, á mí
qué me da? ¡Que hable, por Cristo!
VARGAS. (Quien como yo lo haya visto
no podrá juzgar así.) (Á Rafael, ap.)
RAF. (Pues si usted del caso en pos
ha formado su conciencia,
¿á qué más? (Ap. á Vargas.)
VARGAS. ¿Vamos, Clemencia?...
CLEM. ¡Vamos!... (Abrumada.)
ELISA. ¿Ya? (Con sentimiento: la abraza.)

CLEM. (Á Elisa) Sí, adios...
VARGAS. (Á D. Diego con intencion. Adios...
¡Ah! si llega usted á dar
(Volviéndose á Rafael.)
á la prensa este argumento,
mándeme usted al momento
á Manila un ejemplar.
Pues como debe envolver
una leccion provechosa,
(Con intencion marcada.)
quiero dárselo á mi esposa,
que es muy afecta á leer.
(Clemencia inclina la frente.)
ELISA. ¿Me dará usted otro á mí?
RAF. Y usted, ¿para qué lo pide?
ELISA. (Con intencion y ap. á Rafael.)
Para que San Juan no olvide
lo que ha sucedido aquí.
(Dario permanece abochornado.)
RAF. Bien, sí, lo tendrá á la par.
VARGAS. ¡Gracias!... Adios!... no consiento...
(Movimiento de todos, que Vargas impide)
DIEGO. ¿Cómo que no? en tal momento!
Te vamos á acompañar!
(Salen todos ménos Dario y Rafael.)

ESCENA XIX.

DARIO, RAFAEL.

DARIO. ¡Dios mio! (Dejándose caer en una butaca.)
RAF. Respira, sí,
que no ha sido flojo el lio!
DARIO. ¡Oh! calla! (Levantándose receloso.)
RAF. Señor Dario,
hoy mismo me voy de aquí.
DARIO. ¡Pobre amigo! (Estrechándole la mano.)
RAF. No, no más
es mi ultimatun rotundo!
DARIO. ¡Ya ves lo que ofrece el mundo! (Respirando.)
RAF. No lo olvidaré jamás!
¿Qué iba yo á buscar allí?

¡Un plan! Qué ciega mania!
¡Un plan! Y yo lo tenia
tan bueno cerca de mí!
Engolfarme en el abismo
de esos asuntos sin nombre!
¿para qué? si cada hombre
lleva un asunto en sí mismo!

ELISA. (Dentro.) Dario!

RAF. (Asustado.) Elisa te llama,
(Aparecen D. Diego y Elisa.)
doblemos este capítulo
¡Conque abur! Ya tengo título!
(Despidiéndose de todos y satisfecho.)
¡*El argumento de un drama*!
(Elisa le ve salir satisfecha, Dario y D. Diego cruzan una mirada de inteligencia y cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 9 de Octubre de 1867.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.

ada ceniciu
cuna
a del almadreno.
riotas.
os del vicio.
olinos de viento.
ada de Correlargo.
z de oro.
del regimiento.
as de mi mujer.
u hijos.
s madres.
del Rey Rene.
tremos.
era de Murillo.
tinera.
ganza de Catana.
quesita.
cia de la vida.
e de Garan.
e sin piloto.
higos.
lia en el campamento, ó
as de Africa.
iados.
balleros de la niebla.
ala de matrimonio.
re de Babel.
a del gallo.
obediencia.
ena alhaja.
a mimada.
arides (refundida.)
má.
ojo.
y mi sobrina.
Zurbano.
y María.
en 1818.
d à vista de pájaro.
obre hojuelas.
es de Polonia.
d! ó la Emparedada

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Prestamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronell...!
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos:
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicidal
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ca y Medoro.
s de buena ley.
mas feo.
es y cuchilladas.
rina la Gitana.
o y Marte.
y Flora.
enando.
Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde protor,
ascual,
hiller.
etrino.
ayo de una ópera.
esero y la maja.
ro del hortelano.
ata y en Marruecos.
n en la ratonera.
los de carnaval.
irio (drama lírico.)
stillon de la Rioja (*Música.*)
conde de Letorieres.
ndo á escape.
itan español.
neta
mbre feliz.
allo blanco.
egial.
imo mono.
mer, vuelo de un pollo.
Pinto y Valdemoro.
gnetismo... ¡animal!
fa de la calle Mayor.
astas del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquero y marques.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	E. Delmas
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	R. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. María Foggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M Mariana.
Ecija.	J Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Onana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lerida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Malaga.	J. G Taboadela y F de Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontévedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Santúcar.	J. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez
Valencia.	I, Garcia, F Navarro y J. Mariana y Sanz
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.